

Año 1 Número 1 - Noviembre 2013

# Umbral

## Revista Literaria



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

### Maestros

Horacio Quiroga  
Juan Rulfo  
Kafka

Naida Saavedra

Tratando de  
entender el  
posmodernismo

### Ensayo

### Autores

Sergio Salas  
Clara Rojas  
Álvaro Díaz  
Adelfa Martín  
Diego Barrón  
Dayana Gálvez  
Víctor G. Pardo  
Lizandro Samuel  
David Hernández  
Eric J. Lagarrigue  
Patricia K. Olivera  
José Romero Muñoz  
Federico G. Rudolph  
María Gabriela León  
Francisco de la Sierra



### Especial:

Sentido homenaje  
a William Faulkner:  
"Cerrado de 2:00 a 2:15"

por Juan Carlos Onetti



# Ex umbra in solem

“De las sombras a la luz”. Una frase que se convierte en interesante metáfora al analizarla desde la perspectiva actual de los autores independientes, iluminados por la conocida historia de la edición y la literatura.

Desde recuerdos añejos surgen altaneras las “señoras del barrio” vertiendo opiniones difamatorias en contra de los escritores y de otros artistas, acusándolos de ser parias sociales condenados a la miseria, a vivir de préstamos, incapaces de darles una vida a sus adoradas princesas (hijas, sobrinas y ahijadas que merecían un mejor porvenir que el de ellas).

La sabiduría de estas señoras superaba por mucho al más generoso de mis juicios. Es que así somos: prójimos recíprocos cuyos juicios individuales son irrelevantes y que, a excepción de futbolistas ególatras, golfistas infieles o estrellas pop superficiales, no tenemos opiniones atendibles.

Pero cuando la opinión es vox populi, cuando el juicio no proviene de nadie en particular, cuando la sentencia está precedida de un “dicen que...” o “dicen por ahí...”, sin duda encierra una gran verdad.

Somos parias, andamos por la vida sembrando ideas en los más inhóspitos desiertos, repartiendo sueños entre insomnes, creando mundos como dioses desterrados mientras los pragmáticos sin escrúpulos nos miran con indolencia, disimulan una sonrisa burlona y acumulan riquezas y placeres.

Habrà quien piense que así debe ser, que el arte se nutre de dolor y sufrimiento, que la penuria del artista dignifica y engrandece su obra, que la sociedad no puede darles un lugar ni considerarlos individuos productivos.

No puedo convencerme de que una persona no tenga el derecho a vivir de su producción intelectual. No puedo conformarme con que la venta de libros enriquezca a los traficantes de cultura, mientras que sus creadores estén condenados a la marginalidad social y económica.

Allí radica la razón de la Sociedad de Autores Independientes, en la motivación por cambiar los paradigmas, en la necesidad de generar alternativas, en la convicción de que los autores deben constituir un gremio de trabajadores respetado y con representación.

Para cambiar las cosas estamos aquí, para andar por la senda empinada y ríspida que nos lleve ex umbra in solem.

Álvaro Díaz  
Comisión Directiva



Umbral  
Revista Literaria  
Órgano oficial de la Sociedad  
de Autores Independientes

Año 1 - Número 1 - Noviembre del 2013

Dirección general: Naida Saavedra  
Corrección y estilo: Eric J. Lagarrigue  
Composición y diseño: Álvaro Díaz  
Imagen de portada: M.C. Escher

#### Colaboradores de esta edición

Federico Rudolph Adelfa Martín José Romero  
David Hernández Dayana Gálvez María G. León  
Patricia K. Olivera Sergio Salas Clara Rojas  
Diego Barrón Álvaro Díaz Eric J. Lagarrigue  
Víctor Pardo Francisco de la Sierra  
Lizandro Samuel Naida Saavedra

Contacto: revista@sainde.org

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Álvaro Díaz*) ..... 1

## Microrrelatos

Lobo (*Federico G. Rudolph*) ..... 3

## Cuentos

José Higuera (*David Hernández*) ..... 4

Amazona (*María Gabriela León*) ..... 9

La carta (*Patricia K. Olivera*) ..... 10

Las mujeres sin nombre (*Adelfa Martín*) ..... 14

La recurrencia de su sonrisa (*Álvaro Díaz*) ... 18

La leyenda del Barranco del Lobo (*Fran de la Sierra*) . 24

Ella y Aquella (*Lizandro Samuel*) ..... 27

## Poesía

Tiempo sin tiempo (*Adelfa Martín*) ..... 6

Latidos de mi alma (*José Romero Muñoz*) ..... 12

Mujer (*Diego Barrón Morales*) ..... 17

Déjame en paz (*Dayana Gálvez*) ..... 17

Acerca del discurso oficial (*Víctor G. Pardo*) ... 22

Luces, cámara, recorta y pega (*Diego Barrón M.*) . 26

Insomnio (*Sergio Salas*) ..... 29

## Maestros

### Confesiones de un lector

(*Juan Carlos Onetti*)

de "Requiem por Faulkner" ..... 7

### Ante la Ley

(*Franz Kafka*)

de "Un médico rural" y "El proceso" ..... 11

### El almohadón de plumas

(*Horacio Quiroga*)

de "Cuentos de amor de locura y de muerte" ..... 20

### Acuérdate

(*Juan Rulfo*)

de "El llano en llamas" ..... 30

## Ensayo

### Tratando de entender el posmodernismo

(*Naida Saavedra*) ..... 32

## Artículos

La muerte del libro impreso (*Clara Rojas*) ..... 16

## Cine

Narración filmica (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 19



El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.

## Lobo



Se alió a ver la luna escondida tras el molle. Las hojas dibujaban figuras con sus sombras. Creyó ver la silueta de una bruja recortada contra el disco plateado y brillante. La bruja le recordó porqué había salido a ver la luna. Ambas le recordaron su maldición. La luna y la bruja.

Se desplomó en el suelo mientras la metamorfosis transformaba dolorosamente su cuerpo, y aulló. Aulló a la luna. Aulló a la bruja que lo maldijo con su hechizo. Aulló por no haber sabido cómo amarlas. A la luna, y a la bruja. Aulló por el dolor de su maldición, hasta perder la conciencia, hasta no soportar más el dolor. Aulló hasta transformarse.

Se levantó del suelo y miró la luna, y vio la silueta de una bruja recortada contra el disco plateado y brillante. Ahora recordaba cómo amarlas: a la luna y la bruja. Y recordó como le fue dado el hechizo que le permitía convertirse en hombre.

Amó a la luna. Amó a la bruja, y fue a encontrarla debajo del molle donde ella lo esperaba cada noche de luz, recortada su silueta contra el disco plateado y brillante, dibujando figuras con las sombras de las hojas.

*Federico G. Rudolph*  
Córdoba - Argentina - 1970



*Escritor polifacético que ha incurrido en varios géneros literarios, aunque manifiesta especial predilección por la narrativa.*

*José Higuera*

**H**acía cinco días y seis noches que llovía sin parar, por momentos parecía detenerse aquel diluvio, pero después de esos recesos de aparente calma aumentaba con revividos bríos la lluvia. De las paredes y las tejas salía olor a agua. El viento se metía silbando por todas las rendijas de la casa. Los truenos retumbaban en la montaña y despertaban a José Higuera a cada rato. Sentía un mal presagio pero no intuía el porqué de su inquietud. Se levantó cansado al amanecer. Su mujer y sus hijos dormían plácidamente arrullados por la lluvia. Se vistió, se puso las botas de caucho y un impermeable negro. Se encaminó a la caballeriza para darle maíz a su mula negra. El animal estaba muy inquieto y pateaba la talanquera con sus patas traseras. Las vacas también intranquilas se movían en su pesebre. Salió al patio y vio que la quebrada era ya un río crecido. Llevaba un machete y un costal. Se alejó de la casa unos trescientos metros, a donde ese año el maizal, de un verde intenso crecía vigoroso. La lluvia empapó su sombrero y las botas se hundían en la tierra negra. Escogió las mejores mazorcas y cuando ya tenía el costal a la mitad lo cargó en su hombro y emprendió el regreso a casa. La lluvia y los truenos no paraban, un rayo cayó muy cerca... luego todo ocurrió muy rápido. Primero fue ese ruido, se detuvo para identificarlo. No eran truenos, venía del zanjón arriba, como si saliera de las entrañas de la montaña, sintió que la tierra temblaba, pero no, no era un terremoto. Retumbó la quebrada y el ruido lo atormentaba hasta hacerse ensordecedor. De repente le pareció que la lluvia había cesado. Aumentó el retumbo y dedujo que algo fuera de lo normal estaba pasando. Soltó el costal y echó a correr a su casa cuando entendió que el ruido lo traía el río con su carga de piedras chocando entre sí, era el agua, mucha agua, árboles arrasados, barro y más piedras rodando ladera abajo. Piedras de gran tamaño, piedras pequeñas. Su mujer y sus hijos los había dejado durmiendo hacía apenas minutos. Escuchó a su mula negra relinchar y el mugir de las vacas. En segundos ya no podía avanzar, el agua, las piedras rodando, el barro, los troncos de árboles arrancados de cuajo se lo impedían. Algo le golpeó la nuca y perdió el conocimiento por un rato.

Cuando despertó todo estaba en aparente calma. Ya no se escuchaba el infernal ruido. El paisaje había cambiado. Aturdido vio cómo donde había estado su casa, el corral y la caballeriza, ahora era un mar de piedras y árboles derribados. El agua se retiraba a su cauce. Estaba casi desnudo y lleno de barro de la cabeza a los pies. Tenía hematomas y rasguños sangrantes en todo el cuerpo, se incorporó y supo que podía andar sin muchos impedimentos. Escuchó gritos de vecinos que se acercaban. Su mujer y sus cinco hijos habían desaparecido. De su casa no se veía nada. A su mula y gallos de pelea también se los había tragado aquel mar de piedra y lodo.

La búsqueda duró todo el día y su noche. Primero encontraron el cadáver de una vaca, luego la mula. De su familia, solo a Griseida Rivero, su mujer, y a tres de los hijos. Del resto nunca se supo. Donde quedó sepultada la casa clavaron dos cruces con el nombre de cada uno de los niños desaparecidos.

Griseida Rivero, su segunda esposa, era la madre de tres de los cinco niños muertos aquella mañana; los dos mayores eran hijos de Consia Bencomo, la primera esposa de José Higuera. Años atrás, Consia había vivido en esa misma casa donde ocurrió el deslave y murió allí como consecuencia de una hemorragia genital en un embarazo complicado sin asistencia médica. A seis meses de su muerte José se casaría con Griseida Rivero y con su muerte y la de todos sus hijos de nuevo la tristeza lo estaba matando. Además se había muerto su mula. Era una mula fuerte, de paso fino y suave que brillaba con el sol. La montaba los domingos para ir a jugar al pueblo o para viajes más largos, una vez al año, a una feria donde se organizaban juegos de azar y peleas de gallos.

En la noche ya la lluvia había cesado. El velorio de los cinco cadáveres fue en el patio de un vecino arriba en el cerro. No se veía ni una nube y el firmamento resplandecía con las luces de la Vía Láctea. Tuvo noticias de que su finca de café no había sido afectada.

Uno de los vecinos asistentes estaba acompañado por su hermana menor, Francisca Pino, de unos veintidós años de edad. José Higuera la miró, era bonita, esperó a que estuviera sola, se le acercó y sin darle muchas vueltas a lo que se proponía le planteó:

—Soy viudo, como ves estoy terriblemente solo y menesteroso. ¿Te quieres casar conmigo?

Francisca Pino apenas lo conocía, nunca se imaginó que con los cuerpos de su esposa e hijos en ataúdes y otros dos tapiados, el viudo se quisiera casar tan pronto. Además, era muy viejo para ella y feo, pero ella se quería casar.

—Acepto, pero con una condición.

—Lo que usted diga señorita.

—Que me construyas una casa en la punta del cerro, son ya dos mujeres que han muerto allá abajo en el barranco.

José Higuera construyó la casa en cuatro meses. No hizo otra cosa, ni siquiera asistió a las peleas de gallos los domingos y eso era ya mucho para ese amante del juego. Se casaron, él era treinta años mayor. No tendrían hijos. Se dedicó en cuerpo y alma a su finca de café. Se compró otra mula negra.

Abajo en el zanjón en el mismo lugar donde José Higuera perdió a su familia, un hombre y su mujer levantaron una casa; diez años más tarde se repitieron con fuerzas las lluvias y murieron junto con su pequeña hija en un mar de piedras y tierra negra.

Cabalgando su nueva mula negra, los domingos eran de gloria para José Higuera; temprano con su gallo, sus barajas y dados se despedía de su mujer y se iba a jugar porque amaba el juego. Cuando se lanzaban los dados sentía que la vida tenía sentido en aquellas fracciones de segundo que a saltos, avanzaban los dados hasta detenerse y comprobar con el corazón desbocado que se había ganado o... perdido.

Una vez al año, recogida y vendida la cosecha de café, y pagadas sus deudas, guardaba lo necesario para el siguiente año y el resto era para su gran viaje anual. Ensillaba su mula, en las alforjas llevaba tres mudas de ropa y el dinero. Era una semana de tragos, juego y encuentro con viejos amigos. En una ocasión después de un par de días de buena suerte perdió todo lo que llevaba. Se jugó su finca de café y la perdió. Delirante, presa de la fiebre del juego se jugó su mula negra y la perdió. Llegó a un acuerdo con sus amigos, le regresaron su mula y su finca en una suerte de préstamo con cinco años para pagar. Trabajó, trabajó y trabajó. Cada año hacía el viaje, pagaba y regresaba a casa sin haber jugado. El sexto año regresó, jugó por última vez en ese lugar porque ya estaba muy viejo para recorrer esas distancias. La vida es como el azar: son cartas echadas, dados rodando y río crecido rompiendo diques, es volcán en erupción.

Cuando cumplió ochenta ya no podía ir los domingos a la gallera. Se le terminaron las fuerzas en las piernas pero no el deseo de jugar. Para entonces habían construido una gallera cerca de su casa y desde su lecho de viejo escuchaba los gritos de los jugadores. Ideó entonces que los días de peleas de gallos le entregaba dinero y un revólver a su mujer, para que nadie pensara que podía tomar ventaja de su condición. No es común encontrar a una mujer apostando en una gallera, donde las apuestas se hacen verbales y bajo palabra de honor pues la palabra de gallero es sagrada y si se falta se paga con la vida. Ella sabía cumplir su encargo. Él esperaba por los gritos que se escuchaban a la distancia y eran como un arrullo que lo adormecía. Él conocía cuando terminaba cada pelea porque cesaba la algarabía. A los pocos minutos ella regresaba y le contaba los resultados y rápidamente retornaba a la gallera para la próxima contienda. Con la última pelea si el día había sido bueno para ellos, él ordenaba:

—Apuesta todo.

Un domingo de buena racha en la gallera regresó su mujer a casa. Le habló desde la cocina y él no respondía. Pensó que se había quedado dormido.

Al entierro de José Higuera asistieron todos los galleros de la zona. Nunca más desde entonces su mujer ha vuelto a jugar. Francisca Pino tiene ahora más de treinta años esperando la muerte.

*David Hernández R.*  
Maracaibo - Venezuela - 1951

Profesional de la medicina (neurocirujano)  
y escritor de cuentos y novelas.



# Tiempo sin tiempo

Veo hacia adentro de la oscuridad.  
De mi interior nacen los gritos  
que escucho lejanos  
porque vienen de voces  
que no me pertenecen

La tristeza no emana de mí;  
me la contagian aquellas aves  
que no saben cantar  
porque les arrancaron los ojos

Su canción es muda y sorda.  
Las flautas que suenan alegres  
atormentan a mi alma que descansa  
¡OH paz interior que ya no te recuerdo!

Siento los pasos de los hombres  
que me acechan día y noche...  
Mis ropajes naranjas son  
una mueca de alegría;  
una burla cruel

¿Cuántos años aquí?  
¿Qué sucedió que no puedo recordar?  
El tiempo se detuvo sobre las nubes  
de aquella montaña  
que no ha cambiado en años...

Canta ave, canta...  
Yo prometo reponer tus ojos  
que miran desde la profundidad  
del alma de las aves...

La soledad es un mito que me acompaña.  
La alegría, una sombra igual al sonido  
del tren lejano y cercano

Resuenan nuevamente los pasos  
de los hombres solos  
que no duermen nunca.

La sangre se secó  
y no puedo seguir escribiendo...



Ilustración de

*Beatriz Rodríguez Flomesta*

Murcia - España

Licenciada en Bellas Artes por la  
Universidad de Murcia

*Adelfa Martín*  
Guadalajara - México

Escritora polifacética que incurrido  
en vario géneros literarios.

Escribe novela, cuentos y poesía.



# Confesiones de un lector

El primer encuentro con Faulkner fue peripatético. Este comienzo que parece prometedor de estremecimientos no es más que la imagen, el recuerdo de un pequeño accidente, de una casualidad.

Una tarde, al salir de la oficina donde trabajaba pasé por una librería y compré el último número de Sur, revista fundada y mantenida por Victoria Ocampo. Creo que el nombre le fue sugerido por Ortega y Gasset. La intención del título fue desvirtuada porque Sur se convirtió –afortunadamente– en un instrumento que nos permitió conocer lo mejor de la literatura europea y la de U.S.A.

Se trató, reitero, de una casualidad porque yo leía la revista esporádicamente debido a que las poesías que publicaba eran intercambiables. Es decir: recogía poemas que parecían todos de un mismo autor. Cuántas veces jugué a dar a leer las poesías de un número cualquiera de la revista y, escondiendo el nombre del poeta, preguntar quien era. Fue una broma y una tortura para amigas y amigos.

Vuelvo atrás, recuerdo que abrí el ejemplar en la calle, encontré por primera vez en mi vida en nombre de William Faulkner. Había una presentación del escritor desconocido y un cuento mal traducido al castellano. Comencé a leerlo y seguí caminando, fuera del mundo de peatones y automóviles, hasta que decidí meterme en un café para terminar el cuento, felizmente olvidado de quienes me estaban esperando. Volví a leerlo y el embrujo aumentó. Aumentó, y todos los críticos coinciden en que aún dura.

En muchos comentarios y sobre todo en solapas de libros, he visto las palabras alucinante o alucinado referidas a obras de Faulkner. Según mi diccionario, el término puede significar ceguera o engaño. Aquí recuerdo que Bernard Shaw se vanagloriaba de sus ojos que por ser totalmente normales eran anormales por cuanto es muy reducido el número de personas que disfrutan o padecen de una vista perfecta. El irlandés atribuía a esto el desconcierto y hasta las iras que provocaban sus comedias.

Al leer y releer a Faulkner es forzoso sospechar que su mirada era distinta a la nuestra, a la del común de los hombres, a la del común de los escritores. Detenida sobre paisajes, personas, circunstancias, veía algo más que lo percibido por nosotros. Dejando de lado lo que escribió por astucia o compromiso (Sartoris, Gambito de caballo, El intruso en la riña, Los rateros, etcétera) aquella mirada, cuando es totalmente faulkneriana tiene, sí, algo de ceguera y engaño. Aunque jamás recurra a lo sobrenatural, aunque parezca siempre aferrado a una realidad, nos deja la sensación de que el hombre sólo veía de verdad un mundo propio, introducido sin esfuerzo en los mundos universales y ajenos.

De ahí que todo lo nombrado (panoramas, gente, anécdotas) resulte creíble pero fantasmal. El ejemplo más violento de lo que digo tal vez sea el reportero innominado de Pylon. Éste ausente y profundamente metido en el relato hace pensar en el mismo Faulkner, capacitado para ver vivir y mantenerse, a la vez, fuera de los hechos.

Si los lectores meditan podrán atribuir la misma cualidad fantasmal a los personajes más importantes de su obra y a sus mismas peripecias.

Pero lo que más me deslumbró y me unió en aquel primer encuentro con su genio fue aquella manera de largarse, como uno de los caballitos que creó para nosotros en El villorrio, él solo, seguro de que nadie podía acompañarlo o que no tenían lo necesario para enfrentar un fracaso idiomático, heredado, puesto para siempre frente a una barrera que maestros viejos habían colocado para reventar los morros de los potrillos audaces y nuevos.

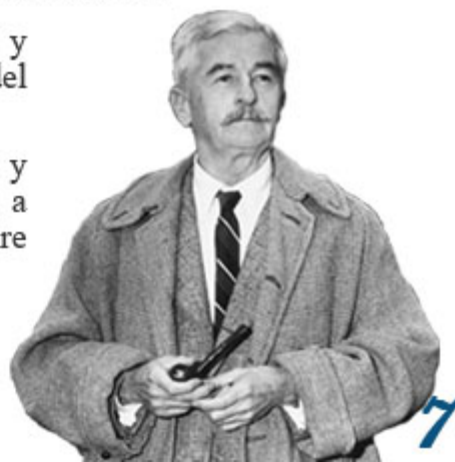
Ésa fue la historia y los siete años sin obras en los bookstores forman la más exacta apreciación de la cultura norteamericana en materia literaria.

Los hombrecitos del tren de regreso a las 5.15 p.m., polluelos del más feroz matriarcado conocido por la historia contemporánea traían los viernes –puntuales– el libro del mes, el libro elegido por solteronas o no solteras y tampoco satisfechas; el libro seleccionado por el pastor de cualquier iglesia antipapista y su rebaño feliz.

¿Cómo imaginar que un hombre sin pecado atravesara la sucia red puritana y llegara a casa llevando escondido en el portafolio un libro del maldito W. F., del sadista que había escrito Santuario?

De manera que no había más y ninguna miss tenía motivo para ruborizarse y ninguna mistress se privaba de leerlo cuando el ganapán respectivo comenzaba a roncar. Claro que nunca se trataba de una novela comprada en una librería y al aire libre; eran préstamos sigilosos de amigas y al diablo los derechos de autor.

Pero esta pobre gente no pensaba que en un rincón de Oxford o Memphis un maniático llamado William Faulkner persistía escribiendo libros incomparables





que flotaban muy por encima de lo que ellos consideraban literatura.

Degenerado dentro de la sociedad norteamericana, no buscaba dólares; se contentaba con ser, párrafo tras párrafo, él mismo dentro de su genio o su locura; se contentaba –lo dijo– con un poco de tabaco, un poco de whisky sureño y su maravillosa soledad nocturna en un granero al borde de la ruina, desbordante de marlos resecos, alfombrado por suciedad de gallinas.

La vida tiene una asombrosa imaginación y fuerza suficientes para inventar e imponer infiernos privados, efímeros paraísos subjetivos. Nadie sabrá nunca si el mencionado granero contenía un paraíso o un infierno para el amo y propietario de Yoknapatawpha. Ambas cosas, supongo. Todos los vicios ofrecen o imponen lo mismo. Ambas cosas, también, cuando uno está hundido en un amor, sin remisión. En el proyecto –inútil y fracasado antes de iniciarlo– de descubrir al hombre, debe tenerse en cuenta su timidez enfermiza, su corta estatura, su repugnancia y desdén por "la feria en la plaza", su obsesiva resolución de no permitir, en las pocas entrevistas que regaló a críticos y reporteros, ninguna pregunta de índole personal. Sabemos que tenía una hija adolescente cuando estuvo de paso en París, rumbo a Estocolmo y al cheque del premio. Pero no lo sabemos de verdad; se dice que la hermosa criatura había nacido mucho antes de su casamiento con una señora divorciada que aportó dos hijos al matrimonio; su nombre era Stelle Oldham Franklin.

El misterio que él usó como valla para que nadie penetrara en su vida privada fue mantenido por sus deudos. Nadie conoce la causa de su muerte. Se habló de una caída al intentar descender, en la madrugada o la mañana, los escalones de madera podrida del mencionado granero. Y, como en la canción de Stevenson, el bourbon hizo lo demás. El bourbon y los fantasmas que seguían poblándolo cuando consideró que la cuota diaria de escritura había terminado. Pero esto no está probado y tampoco interesa.

Los deudos, los Faulkners o Falkners, eran en Oxford tan importantes como los Sartoris, los Sutpen, los Compson, o Miss Emily Grierson –"una tradición, un deber y una preocupación"– personaje de aquel cuento tan envidiado como inmortal: Una rosa para Emily. Tenían poderes feudales nacidos de los sufrimientos y la derrota del Sur en la Guerra de Secesión. Y sabían usarlos. Dócilmente, el doctor Martino escribió un certificado: falla del corazón.

De modo que ordenaron al sheriff que declarara persona no grata a todo periodista, curioso o admirador que se acercara a la casa blanca de Oxford, donde Faulkner vivió sus últimos años y en cuyo cementerio fue puesto a descansar, bajo un olmo ya quemado por el verano incipiente. Y el velatorio se hizo con el ataúd cerrado.

Como es natural e irremediable, al día siguiente de su muerte todas las agencias de noticias norteamericanas cubrieron el mundo con obituarios ditirámicos y desolados. Al fin y al cabo –aunque los redactores no lo hubieran leído nunca– se trataba de un Premio Nobel.

Pero este animal de estirpe extraña había dicho una vez: "Espero ser el único individuo del mundo que no haya dejado huellas de su paso".

Los elogios, las interpretaciones críticas ("Entre los aplausos, entre los desdenes y las tonterías de la multitud"; y "la fama es siempre un malentendido") habrían resbalado sobre su genio como una lluvia molesta que nos coge desprevenidos. Pero tal vez hubiera sonreído con ironía afectuosa de haber podido mirar los letreros colocados en los escaparates de los negocios de Oxford el día de su entierro:

**En memoria de William Faulkner  
este negocio permanecerá cerrado  
desde las 2.00 hasta las 2.15 p.m.  
Julio 7 de 1962.**

Es decir: ¡quince minutos sin ganar un mísero cent! El muerto no podría imaginar una homenaje mayor y más sacrificado que éste de los pequeños gold diggers de su país.

*Juan Carlos Onetti*  
Montevideo - Uruguay - 1909  
Madrid - España - 1994

*Texto de Mayo de 1976, incluido en la  
publicación "Réquiem por Faulkner".*





# Amazona

El caballo cabalgaba a paso lento entre las piedras del camino circundante al río. María, orgullosa amazona sobre el corcel, viajaba en sueños de horizontes justos, ignorando al enclenque de su primo Ricardo, que iba a su lado con pies cansados y miedo en el alma; desde que cayó de un potro les temía como al Diablo. El sol ardía en las cabezas de los dos jóvenes que paseaban desprevenidos por el valle pincelado por tonos del arcoíris; el ensordecedor golpeteo del agua sobre las piedras imponía el poder de la naturaleza sobre la soledad del lugar.

Tenían que llegar a tiempo al siguiente caserío para comenzar la clase que ella le dictaba a un grupo de adultos analfabetos. Sus estudiantes habían guardado las esperanzas en el baúl de las desilusiones; reunir algunas monedas con el trabajo del campo y que les alcanzara para comer a diario era lo único que los mantenía de pie frente a la vida.

Después de mucho andar a Ricardo el cuerpo le pedía tregua. Se sentó a un lado del río para liberarse del yugo abrasador de las botas y quedar sumido en el placer del agua fría, que en apurada carrera, masajeara sus dedos acalorados mientras María, transpiraba gotas de placer al trotar con destreza de jinete alrededor de él.

A lo lejos, proveniente del caserío al que ellos se dirigían, venía un hombre de mediana edad montado sobre un corcel. Nunca lo habían visto por esos lares. Su gruesa contextura y elevada talla sobresalían entre la extensa llanura del paisaje. Cuando se acercó a María disminuyó la marcha, no habló; con las pupilas dilatadas la miró con detenimiento, sin reservas, detalló cada una de las partes de su cuerpo y pasando la lengua por los labios fijó sus ojos en los pezones túrgidos por la excitación de la cabalgata. Ella, cual liebre acorralada por un puma, se alejó de él. Buscó a Ricardo y le pidió que se marcharan. Él calzó sus zapatos y caminó con paso ligero al lado de su prima. El hombre permaneció un rato quieto, observándolos y luego, sin pronunciar palabra, reinició el trote y se alejó hasta desdibujarse a través del confín de la llanada. María, a quien la intuición le indicaba que debía mantenerse alerta, cada tanto volteaba la cabeza para mirar hacia el camino y asegurarse de que no fuesen seguidos. Gruesas gotas de sudor bajaban por sus caras y cuerpos como riachuelos; cansados, se detuvieron a beber agua. Habían avanzado un largo trecho y se sentían a salvo cuando, de forma inesperada, escucharon a los lejos, tras sus espaldas, un relinche. Giraron sus cabezas y vieron un corcel que corría hasta casi desbocarse y sobre él, al hombre. María con la voz entrecortada le pidió a Ricardo que se montara con ella en el caballo. Él se negaba, su coraje yacía junto al potro que lo tumbó. Ella enfurecida exclamó:

- ¡Por favor, Ricardo, sube ya!, ese hombre viene tras nosotros.

Con el alma desvanecida en las piernas, se montó y abrazó a su prima. Con arrojo, ella sujetó las riendas del animal y lo echó a andar, con tal fuerza que galoparon sin detenerse hasta confundirse con el polvo de la senda y desaparecer.

*María Gabriela León*  
Venezolana, radicada en  
Buenos Aires - Argentina

*Graduada en Sistemas,  
dedicada al oficio de escribir cuentos.*





# La carta

Inspirado en Emma Zunz, de Jorge Luis Borges

Cuando Feino Fain llegó esa madrugada de 1922, luego de haber trabajado prácticamente quince horas como peón en la construcción de un nuevo hospital en Río Grande, se encontró con su taciturno compañero de pieza tirado en el piso.

Manuel Maier tenía el semblante blanco como el papel y parecía inconsciente; Feino, totalmente consternado, apoyó la mano en su pecho intentando oír los latidos de su corazón, también colocó un espejo frente a su boca pero éste no se empañó.

Arrodillado junto al hombre se hizo la señal de la cruz y le bajó los párpados de los ojos aún abiertos, como si ante el inminente final su mirada hubiera buscado desesperadamente a alguien que no estaba allí. Le dio pena que este hombre triste y solitario, pero al que le había tomado cariño por la compañía silenciosa que le brindaba durante sus pocos días de descanso, hubiera muerto tan solo y tan cargado de culpa y dolor. Aunque nunca logró sacarle demasiadas palabras Feino intuía que llevaba tras de sí una cruz tan grande y pesada, que hacía que en sus últimos tiempos fuera cada vez más notoria su manera de caminar encorvada. Fueron muchas las veces que lo encontró enjugándose unas lágrimas mientras miraba fotos viejas, seguramente las pruebas de sus momentos más felices.

Lo miró una vez más y se secó una lágrima con una de sus manos callosas, no había caso, siempre sería un sentimental incorregible; un hombretón como él, acostumbrado a la dureza de la vida y con muy pocos momentos para demostrar la sensibilidad que ocultaba bajo su piel oscura y curtida, y cuya nobleza se reflejaba en sus ojos marrones, limpios de toda malicia.

Fue en busca de la dueña de la pensión que se apersonó de inmediato en la pieza, persignándose y clamando a Dios; era muy supersticiosa y no veía como buena señal que se le muriera uno de sus inquilinos ahí mismo. Con su gran humanidad, y su cargamento de pulseras y collares, no paraba de agarrarse la cabeza con las manos y mirar al cielo, mientras Feino llamaba por teléfono desde la recepción para pedir una ambulancia.

Cuando volvió al cuarto, la dueña de la pensión seguía con sus lamentos; sin apuro, él tomó una manta y la colocó encima del cuerpo que ya se estaba poniendo rígido y azul. Fue cuando notó la foto oculta en una de las manos de Manuel, en ella se veía al fallecido unos cuantos años más joven junto a una mujer más o menos de su misma edad, y otra más joven que se le parecía mucho; aunque nunca le dijo si tenía familia intuía que esas dos mujeres eran o habían sido muy importantes en su vida, era evidente que la fotografía había sido tomada en un instante de mucha felicidad para los tres. Mecánicamente miró el dorso y pudo ver un nombre y una dirección, buscó algo con qué escribir y anotó todo en un papel; pensó que tenían derecho a saber, era un gesto que su antiguo compañero de pieza se merecía.

Llegaron juntas, la ambulancia y la policía; era de rigor que estos últimos acudieran al tratarse de una muerte en una casa particular. Fueron ellos los que encontraron el misterioso frasquito sobre la mesa de luz. Una vez que el cuerpo fue llevado a la morgue los policías se quedaron interrogando a todos los que vivían allí, además de hurgar en las cosas del fallecido en busca de alguna pista. La conclusión inicial, que Feino y la dueña de la pensión alcanzaron a oír, fue que se trataría de un suicidio, aunque las investigaciones continuarían.

En la noche, cuando escribió esa carta para alguien que no conocía y que se vinculaba con Manuel Maier, prefirió suavizar la versión de la policía para evitarle más dolor.

*Patricia K. Olivera*  
Montevideo - Uruguay - 1970

Estudiante de Corrección  
de Estilo y Lingüística.  
Escribe poesía y prosa.



# Ante la Ley

**A**nte la ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita que le permita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona y pregunta si más tarde lo dejarán entrar.

-Tal vez -dice el centinela- pero no por ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se sonríe y le dice:

-Si tu deseo es tan grande haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo mirarlo siquiera.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba negra de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un escabel y le permite sentarse a un costado de la puerta.

Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián conversa brevemente con él, le hace preguntas sobre su país y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y, finalmente siempre le repite que no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Este acepta todo, en efecto, pero le dice:

-Lo acepto para que no creas que has omitido ningún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros y le parece que éste es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años audazmente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su cuidadosa y larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica a las pulgas que lo ayuden y convenzan al guardián. Finalmente, su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que el rigor de la muerte comienza a endurecer su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

-¿Qué quieres saber ahora? -pregunta el guardián-. Eres insaciable.

-Todos se esfuerzan por llegar a la Ley -dice el hombre-; ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:

-Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

*Franz Kafka*  
Praga - Rep. Checa - 1883  
Kierling - Austria - 1924

*Esta parábola de 1919, forma parte de la obra "Un médico rural" y de "El Proceso"*



# Latidos de mi alma

**L**orren mis latidos  
como una cascada de agua,  
caen y se rompen con sonidos.  
Y en cada momento

son un toque de mis recuerdos.

Salto al vacío

en busca de no sé qué,

no sé cuándo

y los latidos de mi alma

se aceleran. ¿Dónde vas?

¿Dónde me llevas?

No sé dónde voy

ni dónde me dirijo.

Solo sé que nada sé

y que el tiempo

juega en mí contra

porque clava sus agujas

en mi cuerpo machacado.

¿Dónde voy? ¿Dónde me dirijo?

Que no me quede más y más

vapuleado.

Sueño con luces brillantes,

con ojos risueños

y labios sedantes

que me digan al oído:

“tú eres mi amor andante”

¿Hasta dónde juega el destino

con las personas en su camino?

¿Hasta cuándo aguantaré?

Olvidando con recuerdos cada día

no sé si es mejor olvidar o recordar.

Quizás sea lo mismo. ¡Qué más da!

Las experiencias y los momentos

consumados fueron en formas y tiempos,

las palabras se las llevó el viento

y las ilusiones fueron buenas

mientras duraron.

Todo depende de cómo te fue.

Contamos los atardeceres.

Quizás fueron hermosos, o quizás

una tarde gris ventosa.

Te miras al espejo para verte

y delante de ti, las arrugas, las todopoderosas,

son las huellas patentes del pasado,

son marcas en muchos casos hermosas.

La vida trae y se lleva como el viento,

un día amores fantásticos, pasionales,

otros días traen dolores y lamentos.

Pero al final: ¿Qué tienes? ¿Qué te queda?

En tu cuerpo, bellos o amargos desiertos,

las muecas del desconcierto en algún caso,

lo vivido que no es poco en los días,

lo mejor es que no estás muerto.

Ya no sé quién soy.

Me pregunto una y otra vez

¿Quién cambió mi vida?

Fuiste tú, fui yo, fuimos los dos.

Eres hermosa desde abajo hasta el cielo

y eso me honra; haber puesto mis ojos en ti.

Dulce y delicada flor del almendro

que destellas brillos blancos y rosados

en tu piel de caramelo y miel,

que cambiaste mi vida.

Fue tu mirada o mi deslumbramiento

que cambió mis pensamientos.

Mi esencia de flor del amor

en un toque con sabor un poco amargo.

¿Qué me pasó para perderme en tu mirada

y hoy solo suspirar por ver tu sombra?

¿Cómo me cambió en alegría y tormento?

Fuiste tú, fui yo, fuimos los dos.

Fue el destino que nos jugó una mala pasada

y nos unió en el amor, la pasión y el olvido.

Dejo que mis sentimientos se apoderen de mí

y mis dedos se muevan entre la locura y la pasión.

Que las emociones corran en la pantalla de luces blancas

dejando que mis deseos de amar se derritan

como hielo, en el soñar de tu imagen.

Un universo que sin el brillo de tu sonrisa

se ha convertido en un simple hueco.

Mi pasión se oscurece y mis sentimientos se marchitan.

¡Tiempo! Sé justo y devuélveme mi sueño a la realidad

que lleva mi aliento por las venas.

Pasa repentinamente y retórname la felicidad

que me has arrebatado cruelmente.



Mi alma no descansará  
 porque se niega a dejar de soñar,  
 hasta el día en que vea mi reflejo en sus ojos  
 y mi sonrisa en sus labios...

Entonces mis sueños serán compartidos,  
 y navegarán entre nubes azules,  
 olas blancas de espuma suave.  
 Solo entonces, será cuando despierte.

Busco en el silencio  
 y en cada esquina miro.  
 No encuentro tu nombre,  
 la soledad me atosiga  
 y la sensación de estar solo  
 llena todo mi espacio.

Quiero escuchar tu voz  
 y doy vueltas por la calles  
 imaginando tu sonrisa.  
 Busco, busco y busco...  
 Y no encuentro nada  
 que dé descanso a mis deseos.  
 Te marchaste, te fuiste,  
 y me veo perdido.  
 Tengo las alas rotas para saltar,  
 no me queda nada.  
 Ni siquiera en el silencio  
 puedo volar.

Sueño con olas blancas y suaves  
 de olores a flores hermosas,  
 niños jugando sin miedo  
 entre el movimiento de pelotas.  
 Solo juegan y juegan  
 y en el cementerio alguien espera  
 que lleve sus cenizas  
 a lugares de tristezas.  
 Juegan los niños a la pelota  
 sin miedos ni temores.  
 Se mueven las gaviotas  
 cerca de los barcos anclados  
 en busca de un pescado  
 arrojado o quizás robado.  
 Juegan los niños con la pelota  
 sin pensar qué pasará mañana.  
 Solo juegan y sonríen  
 mientras el perro busca

un trozo de pan para comer ese día.  
 Colores amarillos, son días  
 grises, son los componentes de tristeza  
 porque no juega un niño en la calle  
 si le quitan la pelota.  
 Se hacen largas las tardes  
 y te duele la cabeza  
 cuando pierdes tu parte niño  
 y solo te quedan asperezas.

Cuando la luz se oscurece  
 y el silencio se hace palabra  
 siento en mí la soledad  
 y mi vida poco a poco se agota.  
 Pasan lentos y corriendo los tiempos,  
 las personas por mi vida  
 muy rápido, muy deprisa.  
 Se agota, se me van los días  
 y no puedo darle a mi alma  
 el aliento que necesita.

Recuerdos agradecidos,  
 pasiones entregadas,  
 amores vividos y desvividos,  
 un tiempo ya consumido,  
 un río de agua que busca el mar  
 de ilusiones rotas y deseos entrañables  
 que se marchan al lugar del olvido.  
 Cuando se oscurece la luz  
 y la palabra se hace silencio  
 te preguntas muchas veces:  
 ¿Dónde está de todo el sentido?

*José Romero Muñoz*  
 Huelva - España - 1959

*Profesor de teatro y poeta.*



# Las mujeres sin nombre

**L**egamos de madrugada al campamento en plena selva, después de varias horas de caminar por senderos terribles, pues estos aún salvajes lugares de Suramérica no son precisamente vereditas para hacer camping. Además eran tiempos de lluvias, en pleno Mayo, y los caminos de por sí casi inexistentes, se habían convertido en verdaderos lodazales, no distinguiéndose donde terminaban las botas y comenzaban los pantalones.

Fuimos recibidos como esperábamos, con la gentileza acostumbrada, y tanto a mi amiga como a mí nos acomodaron lo mejor que pudieron, dándonos espacio en una de las varias tiendas. Los guías tendieron unos zarapes en el suelo, por allí en cualquier rincón. Nos acostamos a dormir, y era tanto el cansancio que apenas alcanzamos a decirnos buenas noches.

De pronto, una serie de estallidos, gritos y maldiciones, interrumpieron nuestro pesado sueño. Éramos solo dos mujeres en medio de un montón de hombres armados que realmente querían matarse, o al menos eso me pareció, pues llegaron disparando. El arribo inesperado de los intrusos los tomó desprevenidos, por lo que cuando nuestra tienda se abrió y nos sacaron con todo lujo de violencia, alcancé a ver a través del humo de las hogueras que habían tratado de apagar, los cuerpos tendidos y sin vida de quienes nos habían recibido hacía unas horas.

Algunos estaban vivos aún. Lo supe cuando a mi compañera y a mí nos metieron a empujones en la tienda grande, justo en el momento que un soldado con un fuste en la mano, le daba varios golpes en la cara a uno de ellos que ya sangraba abundantemente.

Me tomaron del pelo, y me sentaron con fuerza en una silla... ¿Tú eres la mexicanita...no? Vaya, y no estas tan mal... ¿A que viene una muchacha como tú a este país? ¿A ayudar a criminales?...yo, totalmente confusa, sin saber quienes eran, apenas alcanzaba a coordinar, pensando velozmente en una respuesta que no enfureciera más aún al tipo aquél... No... no... no... Yo soy estudiante. Vengo por mi cuenta con el fin de documentarme para terminar mi tesis, referente a las motivaciones ideológicas y a las condiciones en que se desenvuelven los guerrilleros en este país... ¡motivaciones ideológicas! dijo riéndose estruendosamente, lo cual fue coreado por los demás compañeros que se estaban "encargando" de los otros sobrevivientes... Aquí no hay ideologías muchacha, aquí lo que hay son asesinos, invasores de territorios extranjeros... ¡Delincuentes hijos de perra, pues!

Yo, envalentonada por el miedo le dije... ¿Y Uds. que son?... ¿O cómo puede explicar los muertos que están afuera?... mirándome fijamente, fue acercando su cara a la mía, pero pocos centímetros antes de tocarla, me sonó una fuerte bofetada con la mano medio cerrada, que me dejó casi sin conocimiento, ya que alcanzó parte de mi sien... mientras me decía... ¡Zorra asquerosa!... de ti me voy a encargar yo personalmente...

A mi amiga no la había visto durante todo este tiempo, aunque estaba segura que la habían llevado hacia el fondo. De pronto, y sin más ni más, aquél barbaján al que le decían capitán, ordenó a sus hombres que me llevaran a la tienda de donde me habían sacado y que me esposaran a algo sólido que encontrarán...

Así lo hicieron. Además, pensaba yo, con las dos manos a la espalda, los pies atados por los tobillos, el ojo izquierdo casi cerrado y sangrando por la nariz... ¿A dónde podría ir en medio de la selva y en plena noche? Le pedí un poco de agua al soldado que me esposó, y para mi sorpresa, no solo me dio a beber de su propia cantimplora, sino que además me alcanzó lo que parecía ser una toalla, diciéndome... límpiate la sangre... ¿Pero cómo?, le dije. Entonces me soltó la mano derecha, colocándome la esposa en la muñeca izquierda para sujetarme a un barrote del único camastro que allí había. Logré recostar mi cabeza que me dolía terriblemente, e intenté escuchar... se oían como fuertes carcajadas algo lejanas, mezcladas con lo que me parecieron gritos de mujer que me erizaron la piel. Luego, todo quedó en silencio.

Aunque parezca mentira, me quedé dormida. La caminata, el miedo y los acontecimientos de las últimas horas habían menguado mi capacidad de resistencia y el cuerpo exigió su cuota de descanso.

Había perdido la noción del tiempo, cuando me pareció escuchar voces, más bien susurros, y en segundos el capitán, armado de una botella y dos vasos, entró con una sonrisa irónica en su rostro. Oye niña... podemos ser amigos, disculpa mi reacción de antes, pero ya sabes como son estas cosas, uno recibe órdenes y hay que cumplirlas... vamos a tomar un poquito de aguardiente que seguramente te hará bien, y me vas diciendo la verdad del por qué estás aquí y tu relación con estos terroristas... todo esto, mientras me extendía una servilleta de papel. Limpia tu cara (yo ni cuenta me había dado que me sangraba la nariz de nuevo)...si eres buena y amable conmigo, te doy mi palabra que saldrás ilesa de esta... Tú eres extranjera, y mi gobierno no quiere problemas con los vecinos, así que de ti depende el que puedas irte por tu propio pié y con buena salud...Yo ya me había sentado en el camastro... y creo que tuve el valor, inconsciente imagino, de lograr esbozar una sonrisa... Llamó al guardia de la puerta y le dijo, sácale las esposas a la muchacha, lo cual hizo... Me sirvió un vaso de la bebida y me dijo ¡Tómatela toda!... pero yo no tomo señor... ¡Te la tomas... o te la tomas! y me la acercaba a la boca con fuerza... Y ahora habla, pero dime la verdad...

No había logrado aún pensar en lo que podría responder al borracho capitán, sabiendo como sabía que para él todo iba a ser mentira y que seguramente se me abalanzaría encima, cuando llegaron haciendo ruido un nuevo grupo de hombres que resultaron ser soldados... Escuché como preguntaban por él, que salió apresuradamente, y le decían... ahora mismo, en este momento hay que desalojar este lugar, porque un grupo grande de estos miserables viene hacia acá... Volvieron a ponerme las esposas, y con algunos de los que habían sobrevivido y que no estaban heridos, me subieron a un jeep... le pregunté al soldado que me había dado agua... ¿Y mi amiga?... está en otro vehículo, me respondió secamente.

Viajamos aproximadamente por una hora y media, sin permitimos decir una sola palabra, y llegamos sabrá Dios a donde. Nos bajaron casi a rastras, y nos metieron en una especie de bodega, o galpón grande, techado, nos ordenaron sentar en el suelo... No había dormido ni comido en las últimas 24 horas y el único liquido que había pasado por mi garganta, fue el agua que me dio el soldado.

Al poco rato vinieron por mí, soltaron los amarres de mis tobillos y así, esposada, me llevaron de nuevo para ser interrogada, pero esta vez el sujeto era diferente.

Parecía de más rango, aunque yo de esto no sé nada, pero mantenía como un tipo distinto de autoridad. Era relativamente joven, y por lo impecable de su uniforme y maneras, pretendía aparecer como un caballero, con ciertos aires de Don Juan.

Me repitió la misma pregunta... en un tono casi paternal y sumamente gentil... ..señorita, por favor, ¿sería Ud. tan amable de decirme porqué estaba en el monte con esos tipos?... Señor, le dije, tal como le conté a su capitán, soy estudiante universitaria, y decidí realizar mi tesis sobre la vida, pensamiento, y motivaciones de la guerrilla en América Latina... ¡no me mienta!.. Sabemos perfectamente que en su país hay quienes apoyan económicamente a esta gentuza y que a través de personas como Ud. les hacen llegar dinero.... Pero yo no sé nada de eso, señor, ¡se lo juro!, y por Dios santo, ¿Podría decirme dónde está mi amiga?

Fue como si mi respuesta le hubiera golpeado la cara... se volvió violentamente, y con su mano derecha me sujetó el cabello por detrás, tirando fuertemente, hasta dejar mi nuca clavada del respaldo de la silla de metal, mientras que con la otra rasgaba mi blusa desde el cuello, poniendo sus manos sobre mis senos... tu amiga, tu amiga... ¡Esa zorra está pasándolo mejor que tú! Se la encargué a unos compañeros que son especialistas en atender mujerzuelas... Se pegó tanto a mi cuerpo que sentí de inmediato como la excitación lo dominaba, y apretándose aun más, comenzó a pasar su lengua por mi cara y cuello.

En el momento que intentaba besarme en la boca, a lo cual yo me resistía con las pocas fuerzas que me quedaban, tocaron a la puerta, pasando un soldado que apenas me miró de soslayo, y acercando su rostro al oído del que me tenía aun sujeta, alcancé a escuchar que le dijo... Coronel...

Me soltó empujándome con fuerza, y fui a dar con la silla y mi humanidad al piso, llorando a gritos... me dio una patada sobre las costillas y me dijo... las basuras tienen mucha suerte, aquí están los de tu embajada preguntando por ti. Vas a ir con la sargento (se refería a una mujer que acababa de entrar), te bañarás y cambiarás de ropa, comerás algo y te mantendrás bien calladita. Si durante el tiempo que estés en mi país abres tu sucia boca, me dijo mientras ponía su bota fuertemente apretada sobre mi cara que estaba contra el suelo, alguien... te lo prometo... alguien que tú quieres, pagará por ello... Yo inmediatamente pensé en mi amiga, claro.

La sargento me llevó a unas duchas sin ningún tipo de privacidad, y me obligó a bañar a la vista de todo el que pasara por allí, no conforme, llamó a unos soldados que hacían guardia en una salida cercana para que vieran el "bocadito" que se le había escapado al coronel... Con frases soeces y risas por demás escandalosas, comenzaron a decir que se jugarían a los dados quién me iba a "hacer el favor"... pues ellos estaban dispuestos a "sacrificarse"... La mujer me hizo caminar desnuda por todo el pasillo hasta la última oficina donde me estaban esperando con algo de ropa... agradecí el que no me dieran una toalla para secarme, así no les ofrecí el espectáculo de ver como rodaban las lágrimas por mi cara sin que pudiera controlarlas. Los de la embajada me esperaban a la salida, y de la forma más amable que imaginarse pueda, la sargento me entregó a ellos diciendo, pobrecita... se cayó por las escaleras por bajar corriendo, a pesar que le dije que estaban resbaladizas porque acababan de limpiar. Nadie dijo ni una sola palabra...

Al siguiente día salí en avión hacia mi tierra, callada, tan callada que no había abierto la boca ni cuando me pusieron al oído el teléfono para saludar a mi familia que lloraba desconsoladamente... De mi amiga, no se ha vuelto a saber nada... ella jamás llegó a la selva, ella seguramente se extravió... ella...

¡Claro que no! Jamás fue detenida... Ella... no tenía una familia con dinero que ejerciera presión ante las autoridades, ella... pasó a engrosar la lista de mujeres desaparecidas de las cuales nunca volvemos a escuchar...

Las que son asesinadas, traficadas, enterradas clandestinamente...

Las mujeres sin nombre.

*Adella Martin*  
Guadalajara - México

*Escritora polifacética que ha  
incurrido en varios géneros.  
Escribe novela, cuentos y poesía.*





# La muerte del libro impreso ¿Realidad o ficción?

El debate que toma fuerza frente al aumento de los instrumentos de lectura digital es la vigencia del libro impreso. Es mucho más agudo el tema en los países latinoamericanos frente al déficit lector. Por ejemplo, tenemos que en el Perú el promedio de lectura es de 1 a 3 libros al año por persona. En un listado de 108 naciones, publicado por la UNESCO, México ocupa el 107 lugar. Es el penúltimo a pesar de que existen 40.345 librerías. Argentina tiene el mejor promedio de lectura en esta región, siendo este de 5 libros por persona al año. Mientras España tiene el 7.5; en Alemania el promedio es de 12 libros por persona al año.

## Los nativos digitales

Cada vez son más sofisticados los instrumentos digitales de lectura, hecho que da estatus a quien los posea. La generación de los nativos digitales, que nace y está creciendo con los tablets, celulares, migrará con facilidad a los dispositivos electrónicos. La gran cantidad de textos gratuitos que circula por internet es otra ventaja para los lectores digitales.

## Transformarse o desaparecer

Sin embargo, si recorremos la historia nos encontramos que estos mismos temores afectaron a las empresas radiofónicas cuando apareció la T.V. y el resultado fue la aparición de nuevas características en la radio que son irremplazables, como la fidelidad con el oyente, la cercanía, la facilidad en el contacto. También el cine superó la aparición del video tape o DVD. Ir al cine se ha convertido en un acontecimiento de socialización, de encuentro. La diversidad de propuestas en las salas cinematográficas permite que los encuentros sean momentos de placentero circular. El cine bar es una opción con mucho éxito.

## El libro como objeto de arte

El surgimiento de nuevas librerías y una venta superior a los 4 millones de dólares en la última feria internacional del libro en el Perú nos inducen a pensar en nuevas posibilidades para el libro impreso. Además el surgimiento de editoriales independientes nos lleva a creer firmemente que la experiencia de leer en un material impreso perdurará.

Esta experiencia sensorial y mágica incrementa sus posibilidades con el surgimiento de una tendencia que está cobrando más adeptos: la creación del libro como objeto de arte. Además del contenido, la forma tiene un lugar primordial, los materiales son escogidos con sumo cuidado, las tintas tienen olor. La visión de este conjunto de caracteres produce el llamado libro objeto que no solo seduce sino invita a la lectura como una experiencia mágica. Los cinco sentidos se agudizan: pasar las hojas, el olor, el color, las texturas, el sabor del material.

Clara Rojas  
Lima - Perú

Periodista,  
Consultora en comunicaciones,  
Editora y Escritora.



# Mujer

**M**ujer, mujer alta y de talla media  
de cabello negro y miradas de seda.

Mujer de ojos azabache  
Mujer de besos sabor piloncillo  
Mujer de piel color mascabado

Mujer, tú mi preferida  
Mujer dulce hasta el embrutecer  
Mujer intensa al anochecer  
Mujer de sangre que quema  
Mujer de piel morena

Mujer, olvida tu sazón  
Olvida el aceite y especias  
Me basta con tu sabor natural,  
con el sudor en tu piel,  
con el olor a tabaco y café.

Mujer, quíereme así como sueles ser;  
Bronca y terca, distante y ardiente  
Bailemos, mujer, al ritmo de tus caderas que es ahí donde la música llevas.  
Al compás de las arrítmicas percusiones de tus labios contra los míos  
al rasguear con mis dedos ese cabello lacio y negro como la obsidiana.

No hace falta café o agua miel  
me satisface el sabor de nuestro baile y lo ardiente de tu piel.  
Mujer, zafiro, mujer de maíz moreno  
escucha mi oración, escucha al moreno clamar por su morena.  
Bailemos, probémonos y consumámonos hasta el amanecer.  
Te incitaría a hacer el amor  
pero contigo es sexo el bailar  
este danzón sin igual, esta cumbia sin final.  
Tú, mi mujer, mujer morena.

# Déjame en paz

Tú me hiciste llorar lágrimas de sangre  
Las mismas que vertían por mis venas,  
Esas que aún me traen tristeza y recuerdos  
Y que además corren lentas en un cuerpo ya sin alma.

Quisiera saber por qué esas lágrimas duelen tanto  
Cortaste mi vida, mi esperanza mi amor y mi anhelo  
Y yo te pagué con lágrimas de mis manos.

Cómo pudo ser posible que llegaras a gastar mi llanto  
A agotar mi vida, y a sofocar mi alma  
¡Vete ya! Deja la flor que me trajiste, y déjame descansar  
ya en paz...

*Dayana Gálvez*  
Quito - Ecuador - 1992

*Escribe poemas y relatos.  
Reconoce influencias góticas  
y dramáticas.*



*Diego Barrón*  
Distrito Federal - México

*Estudiante.  
Escribe poesía y crítica  
social y política.*



# La recurrencia de su sonrisa

Sus pensamientos parecían mecerse en las ondulantes aguas de un mar calmo y oscuro. Emergían brevemente y volvían a hundirse en la negrura inescrutable. Por un momento pareció que flotaban e intentó abrir los ojos. Lo consiguió apenas. Una minúscula rendija enrejada de gruesas pestañas. La luz brillante velaba las imágenes que poco a poco se fueron aclarando lo suficiente para no reconocer el lugar, para saberse extraño entre extraños de batas blancas y uniformes azules.

Sonrió, o creyó hacerlo. Evocando la ironía planeada con detalle, hizo el intento de pensar, de tomar conciencia de lo que estaba sucediendo. Apenas pudo rescatar el confuso concepto de lo que había pergeñado. Era imposible verbalizar las ideas, pero no hacía falta, bastaba con evocar borrosas memorias. ¡Qué pena! Descubrir que podía razonar de esa manera recién ahora, tan tarde.

Su forma de odiar siempre había sido ingenua, sin saña, apenas un rechazo. Quizás por eso algo de lo que odiaba ahora acudía para salvarle: Traficantes con licencia, sacerdotes de la ciencia con poder sobre la vida y la muerte ejecutaban sus rituales asistidos por monaguillos enfundados en gorras de algodón azul. Captó claramente la idea de que, tal como su vida había iniciado con la firma del acta de nacimiento, su muerte también dependería de la firma de alguno de estos macabros monjes con estetoscopios abrazando sus cuellos. Pero antes, la liturgia del quirófano, la homilía del vademécum, la eucaristía intravenosa, el pitido de la extremaunción con línea plana en el monitor.

En ese vaivén de la consciencia el tiempo no puede medirse. Se hundió de nuevo en la negrura y regresó a la superficie sin cuándo. Creyó sonreír, o lo hizo. Notó el tubo de plástico en su boca y lo olvidó enseguida. Evocó el hastío, su matrimonio agonizante desde hacía años, la penosa costumbre de tolerarse, el amor reseco y mustio que lo había orillado a su plan perfecto. No era necesario que sufrieran los dos.

La conciencia no es buena cuando no te reclama nada, cuando no tiene por qué reprenderte, cuando es sólo una luz iluminando cosas que otros no ven, una carga, un agobio, un suplicio interfemoral (¡estaba verbalizando!). Añorando la danza de los conceptos, pensó con palabras: *“Interfemoral... el sexo está allí... y la hombría y la femineidad y casi toda la vergüenza... por ahí vemos la luz primera... entre la fe y la moral”*. Sonrió satisfecho por la certeza de la lucidez, que ahora era de nuevo sólo un concepto, ya no una carga. Volvió a hundirse.

Un destello luminoso tensó todos sus músculos. Se sintió en el aire por un lapso indefinido. Llegó a percibir que a lo lejos alguien decía “No hay pulso... despejen”. Condescendiente, volvió a sonreír. Todo estaba perfectamente planeado y recobrase era imposible. Lo trataban por un shock insulínico, pero aquello era sólo una distracción para los galenos, una trampa.

Desde hacía días se administraba dosis exactas de ricina. La morfina era para ocultar los síntomas y porque pensó: *“¿Por qué dejar de sufrir sufriendo?”*. Indetectable, intratable, irreversible. Otra vez se hundía y otra vez la luz cegadora y la contorsión y la sonrisa y el hundimiento, lento, profundo, obscuro, sin retorno. Nada.

*Álvaro Díaz*  
Montevideo-Uruguay-1962

*Intentando ser escritor.  
No tiene fe, pero tiene esperanza.*



# Narración filmica

Comprendemos que la literatura ha influido considerablemente en el cine, pues este último es un arte de corta edad y ha requerido basarse en obras literarias en muchos momentos de su existencia. Pero pienso que las cosas deben invertirse; el cine ha avanzado hasta un punto de independencia mayor con una magna interacción entre el público y los realizadores, dicha interacción, para bien o para mal, fue modificando los parámetros del cine, creando nuevas formas de relatar, una más concisa y activa, recortando las partes aburridas de la vida, aquellas que ya no interesan en un relato de entretenimiento. Es así como creo que la literatura debe seguir dichos pasos y no restringirse a un estereotipo de siglos de existencia.

## Puntos a respetar en una “narración filmica”:

Estilo narrativo adecuado por género: Estamos todos de acuerdo que existen muchas formas de narrar un texto, pero cada obra tiene su tendencia hacia una sola forma de escribir, y esto depende íntimamente de qué género se esté hablando, sin mención del tipo de público. No será la misma forma de escribir para un cuento de terror que para uno de romance.

Tiempo narrativo del texto: Cada relato tiene sus diferentes grados de acción con su respectivo tiempo transcurrido, acelerado o ralentizado, y es propio del escritor, el plasmar adecuadamente dicho tiempo para que el lector contemple de manera correcta cada grado de acción que una obra pueda contener. Lo que esto quiere decir es que el tiempo de una acción y el tiempo expresado en texto no tienen por qué estar ligados. En el cine, esto sería lo que llamamos montaje, el poder controlar el ritmo, el tiempo y el tono de un relato.

Continuidad del relato por cada palabra: En el cine, cada plano presentado en pantalla está ligado, por lo tanto se afectan entre sí, y no todos los planos pueden expresar de manera adecuada una misma situación. En la literatura esto se ve reflejado en la interacción entre cada palabra, y cada palabra con el relato. Dentro de una oración, no todas las palabras pueden ser las más adecuadas para expresar una situación, pues el tono y el significado individual de las mismas conllevan demasiado peso. En muchos casos puede que una palabra no se comprometa con el texto y oriente la imaginación del lector a otra situación o simplemente no sugiera imaginación alguna.

Elipsis: Nuevamente refiriéndome al cine, la elipsis es un salto de tiempo sin que el espectador pierda la continuidad del relato. A la literatura le ha costado un poco usar esta herramienta, cuyo único uso es el descarte de acciones aburridas. Un hombre se prepara para ir a su trabajo, entra en el auto, conduce por la carretera y llega a su oficina; ¿a quién le interesa saber lo que le sucede a esa persona en el trayecto de su casa a su trabajo? Esto suponiendo que dicha acción no aporta nada relevante al relato.

Por último y no menos importante: ¿Cuántas veces nos ha sucedido que debemos releer una obra por no haberla comprendido? En el cine no sucede esto, pues el espectador no puede retroceder la cinta para rever lo que hubo detrás, de allí que la información debe ser clara, concisa e inmediata.

Busquemos una mejor forma de redacción.

El relato debe imaginarse, no leerse.

*Eric J. Lagarrigue*  
Tucumán - Argentina - 1993

*Estudiante de Cinematografía y  
escritor de novelas y guiones  
cinematográficos.*



# El almohadón de plumas

La luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses -se habían casado en abril- vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso -frisos, columnas y estatuas de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

-No sé -le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja-. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

-¡Jordán! ¡Jordán! -clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

-¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido,

acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

-Pst... -se encogió de hombros desalentado su médico-. Es un caso serio... poco hay que hacer...

-¡Sólo eso me faltaba! -resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

-¡Señor! -llamó a Jordán en voz baja-. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

-Parecen picaduras -murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

-Levántelo a la luz -le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

-¿Qué hay? -murmuró con la voz ronca.

-Pesa mucho -articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca -su trompa, mejor dicho- a las sienas de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

*Horacio Quiroga*  
Salto - Uruguay - 1878  
Bs. As. - Argentina - 1937  
Cuento de 1917 incluido en  
"Cuentos de amor de locura  
y de muerte".



# Acerca del discurso oficial

## Poesía gauchesca

Con palabras elegantes  
muchas veces supe hablar,  
me supe hacer respetar,  
también supe ser galante;  
las palabras ni un instante  
a mí me habrán de faltar  
cuando haya que pelear  
al injusto e ignorante.

El silencio es soledad,  
la soledad es misterio,  
misterios que son encuentros  
con la propia identidad;  
mas silenciar es maldad,  
prohibir encuentros sin duda,  
eso es del todo pura  
e innegable crueldad;  
querer acallar mi voz  
tan solo me hará gritar.

Quisiera ser payador  
de los que andan por la pampa,  
quisiera tener guitarra  
pa' saber acompañar  
Las palabras que apiñadas  
salen de mi paladar;  
sé que no gustará esto  
a todos los que lo oigan,  
retruquen, hablen, dispongan;  
pero háganlo con verdad.

Me gustaría fundar  
una pequeña imprenta  
para poder publicar  
lo que mi cabeza piensa,  
pues mi palabra respeta  
lo que piensan los demás;  
pero si han de negar  
del pueblo mío la pena,  
no esperen que las palabras  
me las haya de tragar.

No me trago las mentiras  
que cada editorial  
acepta que les impongan  
olvidando la verdad  
que con el propio criterio  
pudieran dilucidar;  
si no menciono los nombres  
de ninguno en mi pagar  
es por no necesitarlo,  
de sobra se entenderá.

Yo no me dejo arrastrar  
por los que quieren decir,  
lo que quieren escribir  
lo sabré analizar;  
la libertad de editar  
las cosas malas que pasan  
se la debe respetar  
en Argentina, mi casa;  
el poderlas informar  
es derecho e' Carta Magna.

El decir que nada pasa  
y que todo anda bien  
es negar la realidad,  
es no poder entender  
la pobreza y el temor  
al delincuente y la ley;  
los niños se mueren de hambre,  
los chorros se sienten bien  
como pancho por su casa  
¿y qué diré de la ley?

Si la vetan los gobiernos  
cuando sirve para bien,  
la hacen cumplir los jueces  
cuando conviene a aquél  
que tiene toda la plata;  
quisiera saber por qué  
creó el Señor de los Cielos  
el dinero ¿Por qué fue?  
si solo sirve a los ricos  
y puede más que la fe.

Cuando el brazo de la ley  
protege al delincuente  
y encierra al que, doliente,  
ignora a la autoridad,  
las víctimas de verdad  
son este pueblo, mi gente;  
y no son solo los jueces,  
también todos los demás,  
la justicia a mano propia,  
según dicen, está mal.

Y siguiendo con mi trova  
no me habré de olvidar  
que mencioné a la pobreza,  
gravísima realidad  
que se extiende a largo y ancho  
de ésta mi tierra natal;  
pasando por Buenos Aires  
y su conurbanidad,

rumbeando al norte y oeste  
miseria siempre hallará.

La ocultan los paisajes,  
de ella no se habla más,  
la maquillan con casitas  
y alguno que otro plan;  
las coimas suben y bajan,  
les compran la dignidad,  
y les lavan el cerebro  
pa' que no puedan hablar;  
así les compran el voto  
y también la libertad.

Yo sé que tienen adeptos  
y nadie les ha de negar  
que están en todo derecho  
para poder opinar,  
estén o no en lo cierto;  
empero, la realidad  
se vislumbra desde lejos,  
y aún así la autoridad  
tiene los ojos ciegos  
llenos de arbitrariedad.

Tenés que tener cuidado  
cuando salís a pasear  
para que no te lastimen,  
te roben, o algo más;  
las noches se han vuelto bravas,  
los días por ahí safas,  
pero agarrás bien el bolso  
y la plata la guardás  
donde no te la encuentren;  
¡ya ni en el banco confiás!

Si es que tenés bastante  
tenés que justificar  
de dónde es que la sacaste  
o te la pueden quitar;  
no te creen que la ahorraste  
de tanto y tanto laburar,  
y entre ganancias y el iva,  
y alguno que otro más,  
apenas si te alcanza  
el sueldo, pa' estirar.

Y hay algo que no entiendo,  
quisiera saberlo ya,  
si ya lo sabemos todos  
que solo saben robar,  
que no les importa nada  
el dolor de los demás,

y por eso no hacen nada con la inseguridad,  
¿para qué arman tanto cuento,  
ese del discurso oficial?

Creerán que somos tontos,  
nos querrán idiotizar;  
por eso controlan todo,  
pa' poder desinformar;  
por suerte tengo cabeza  
para poder pensar  
y saber que no es cierto  
que todo arreglaron ya;  
cualquiera lo puede ver  
si tiene ojos pa' mirar.

A nadie le voy a aceptar  
que me obligue a escoger  
"¡a favor o en contra mío!"  
¡conmigo no van a poder!  
ya lo dijo un pensador  
que hace mucho que se fue:  
el sistema electoral  
sirve para pretender  
que tenemos elección,  
aunque tan cierto no es.

Yo no elegí la pobreza,  
tampoco la eligió usted,  
y que el gobierno la oculte  
ni implica que ya no esté;  
así la inseguridad  
sensación sola no es,  
doquiera la busque está;  
lo aconsejo: cuidesé  
que chorro, cana y gobierno  
de la mano se los ve.

Tal vez ya deba callarme  
porque acá les aclaré  
que yo no voto por nadie  
pues aún en nadie confíé  
para tomar decisiones  
que a mí me afecten también;  
si de anarquista me tildan,  
entonces, pues, les diré  
que mi pensamiento es libre  
y es todo lo que diré.

*Victor G. Pardo*  
L.de Zamora-Argentina-1984  
Guionista y escritor de cuentos y  
poesía.





# La leyenda del Barranco del Lobo

Regunté a mi abuela si alguien había bajado alguna vez al fondo del barranco. El mero hecho de mencionar tal acto le producía un horror atávico. Miraba su brazo y me enseñaba el bello erizado ante la peregrina idea de imaginar lo que podía esconder el Barranco del Lobo. "El mismo infierno", contestaba. Luego proseguía, bajando la voz, como si alguien, a quien temía invocar con su solo pensamiento, le fuese a escuchar desde algún recóndito rincón: "Allá abajo no hay nada; la oscuridad más absoluta; la desolación más profunda; la soledad más terrible." Se ensimismaba en la vacilación de la llamas y, distraídamente, atizaba la lumbre obligándola a que se revolviere furiosa. Rumiaba una retahíla de rezos mientras se persignaba en la negritud de su atuendo. Luego, incendiados los ojos, susurraba: "Recuerdo al último de los cuatro caballeros acercándose por el sendero del valle. Pasó altivo cerca de mí. No se dignó en mirarme, o quizás ni siquiera reparó en mi presencia. Cuando me hubo rebasado, el caballo giró su cabeza y me dirigió la que sería su última mirada en este mundo. Desaparecieron, caballo y caballero, engullidos por la abominable niebla. Dejé de escuchar los sonidos sordos que producían los cascos a su paso. La campana del pueblo comenzó a sonar y, pronto, aquel tañido se diluyó en la espesura flotante que devolvía, de mala gana, un eco que se produjo en las interioridades del frío abismo que se adivinaba detrás de la capa espesa que lo cubría."

"La noche fue terrible. Mezcladas con unas risas abominables se oyeron los gritos del infortunado caballero y los relinchos enloquecidos del caballo que resonaron por todo el valle. Aquella noche, en el pueblo, nadie se atrevió a salir de sus casas; ni siquiera a por leña a los chiscones, a pesar de que corrió por las calles el más gélido viento que nunca sopló desde el risco pelado."

Contaba mi abuela que hace muchos años, envuelto en la noche, llegó al pueblo un caballero reclamando ayuda: pedía a gritos que por el amor de Dios le abrieran una puerta. Llorando, imploró compasión. El que unos desalmados le persiguiesen para darle muerte no bastó para que alguien le procurase el cobijo que el infortunado demandaba. Se oyeron los cascos de varios caballos y el caballero agudizó sus gritos. Cuatro jinetes llegaron a la plaza, encontraron al caballero, exhausto de aporrear puertas, tendido junto al brocado de la fuente. Le tomaron, pasaron una soga por su cuello y le colgaron del campanario. Recordaba mi abuela el terror que producía escuchar el repique de las campanas producido por el pataleo estrambótico del desdichado. No sabía qué era más macabro, si los ruidos estertóreos que producía el ahorcado en su agonía o las risas de los cuatros verdugos.

A la mañana siguiente los vecinos del pueblo bajaron el ahorcado del campanario. Tenía la mirada extraviada y huída de la boca una malvecina lengua imposible de concebir en un ser humano. Ante la vergüenza de presenciar tan execrable crimen sin mover un solo dedo para impedirlo, permitiendo la horrible muerte de aquel infeliz, decidieron deshacerse del cuerpo arrojándolo al Barranco del Lobo. Nadie había bajado nunca al barranco porque, según mi abuela, ni en los días más soleados era posible vislumbrar el fondo. El cuerpo se despeñó pared abajo hasta que desapareció entre la maleza más profunda que desde arriba podía verse.

Pero ahí no quedó todo. A la noche siguiente oyeron unos espeluznantes gritos que provenían del barranco entretanto tañían, rabiosas, las campanas de la iglesia. Los mayores del pueblo aseguraban que el alma del ahorcado venía a cobrarse la cobardía que permitió su muerte.

Mayor fue el terror cuando, tras soportar aquel pavoroso coro de alaridos que importunaban el sueño del pueblo cada noche, llegó la noticia de que aquel infortunado no era sino el caballero don Carlos de Torroja, primogénito del conde don Andrés de Torroja y Castaño, grande de Castilla por la gracia de Dios y la grandeza de su majestad Fernando I, que por tener amores con la bella Beatriz -hija de una desabrido noble de Zamora llamado Sancho de Horcajo, que por envidia a su padre y a toda su noble casta, profería un odio feroz contra todo lo que oliera a Torroja- sufrió la ira de éste al ser prohibidos los amores de ambos. Beatriz creía morir, pues no bastaron su lloro e imploro ante la intransigencia de su padre.

Como el montaraz Sancho viese a su hija atisbando encima de la verja de su hacienda para ver si podía ver a su amado aguardando por ella al otro lado de la tapia, la encerró en sus aposentos sin la posibilidad de poder salir. Ella, con un óbito por corazón y un funeral por alma, ató a uno de los barrotes de su ventana un pañuelo

negro en señal de luto; luto por la muerte en vida, que por culpa de su padre, se veía abocada a sobrellevar.

El caballero don Carlos de Torroja, que estaba al corriente del castigo de la pobre Beatriz, estalló en cólera ante la impotencia de no poder hacer nada contra la sinrazón del padre. Una noche trepó hasta la ventana de su bella amada sin ser visto y allí, ante las alimañas de la noche como únicos testigos, se juraron amor eterno. A la mañana siguiente, el padre de la dama, se enteró por medio de uno de sus sirvientes de la visita del caballero Torroja. Como no podía consentir aquella afrenta mandó un mensajero a la casa de los Torroja, advirtiéndolo y amenazando de muerte a don Carlos si persistía con el atrevimiento de querer ver a su hija.

Transcurrieron días y semanas, pero don Carlos no cejó en su empeño. El tiempo pasaba y el caballero no conseguía su propósito, aunque sí aumentaba la desesperación y aversión contra aquel despótico padre, que tanto empeño tomara en no permitir aquella amorosa unión.

El padre de la hermosa muchacha comenzó a buscar pretendientes entre los primogénitos de las familias por él conocidas y estimadas. Fueron muchos los jóvenes que hasta la hacienda se acercaron al olor de la consabida fama de la hermosura de Beatriz; los mismos que ella despidió sin más contemplaciones. El padre, exasperado por la actitud de su hija, decidió que ingresara en un convento, cosa que Beatriz aceptó de buen grado; prefería consagrar su vida a Jesús, nuestro señor, antes que a cualquier hombre si el Destino no permitía que fuese don Carlos.

La noticia del ingreso en la vida monacal de su amada no podía ser aceptada de buen grado por el noble caballero don Carlos. Muchas fueron las noches de soledad y desaliento que tuvo que sufrir. En una de ellas tomó el decidido propósito de atravesar los muros del convento en busca de un amor que ya, definitivamente, se había convertido en prohibido, consagrado a Dios y no a los hombres.

La historia de mi abuela no especifica cómo encontró a la dama dentro del sagrado recinto. El caso es que allí dentro se vieron; el caballero don Carlos prometió a la noble dama que jamás la abandonaría, es más, que la sacaría de aquella inmerecida condena a la que su padre, presa de la locura más tremenda, le había obligado padecer.

Pero no sólo debieron de ser pláticas las del caballero y la novicia, pues a los pocos meses fue mandada de regreso a la hacienda de su padre, expulsada por la madre superiora, debido a los ya innegables síntomas de su patente embarazo. El padre, preso de una terrible cólera, mandó a cuatro de sus más temibles sicarios a dar caza al caballero don Carlos.

Cuando el terrible padre de Beatriz enseñó a ésta una de las prendas del amado, como prueba de su muerte, cayó al suelo sin sentido, estado del que no salió a pesar de los cuidados de los sanadores, que por aquel entonces, estaban al servicio de tan cruel bestia, sumiéndose en el más dulce de los sueños que habría de llevarla directamente al sepulcro.

Según mi abuela, hay quien dice que antes de expeler el último suspiro, la infeliz Beatriz vomitó cuatro culebras que hubieron de aplastar con los candelabros que la velaban.

Desde entonces, la campana del campanario donde ahorcaron al caballero don Carlos, es tañida por mano invisible cada aniversario de su asesinato; su sonido se esparce por kilómetros a la redonda, inundando el valle en la bruma de la noche, provocando el pavor en los rostros de los habitantes de los pueblos vecinos, los cuales, se persignan cuando pasan por las cercanías del pueblo que se levantó al borde del barranco; su único vestigio, el campanario, lo demolió una comisión de vecinos de la comarca hace años. Aunque eso no impidió que, en noches como esta, la campana aülle frenética.

*Francisco de la Sierra*

*Madrid - España - 1967  
Escritor multifacético con especial predilección por la novela negra y los relatos de ciencia ficción y fantasía. También escribe poesía.*



# Luces, cámara, recorta y pega

**C**ambia el filtro, blanco y negro, corta y queda.  
 Drama en mi cabeza, acción, reacción, aventura, pasión.  
 Sudor en mi frente, mi mano se traba, es el ansia de tocar una dama, la pluma  
 es fría, mía al fin.  
 Fugaz reacción, fatal atracción, sé que no puedo esperar más de una “femme  
 fatal”, atracción letal mi boca no puede esperar más.

Carga cartucho, recorta y pega.  
 Mi mano cansada, mi mente agotada  
 acostumbradas ambas a escribir de ti mujer desgastada, de piernas cansadas,  
 perdona, olvide tu enfermedad, se abren solas, así, sin pensar.

Agotaste el cartucho, recarga otra vez, recorta corta y pega, quizá queda.  
 ¡Bang, bang! Suena en mi cabeza, no es mi escopeta, es tu pelvis contra la mía,  
 femme fatal, termina mi mente destruida.

Cambia de filtro, esta vez sepia antiguo o moderno, igual queda, misticismo  
 entrega a esta pobre secuela.  
 Tic tac el reloj en mi cabeza  
 las balas se acaban  
 mi mente atraviesan  
 más allá de tus caderas  
 rozando tus pies, desgastando tus piernas.

Los últimos cartuchos ya no hay más  
 ¿La femme fatal?, se quiere retirar  
 da un paso atrás esperando que no la toque una bala más

¡Bang, bang!, la princesa rendida culmina el drama.  
 ¡Bang, bang!, las últimas balas  
 ¡Bang, bang!, apaga la cámara  
 ¡Bang, bang!, así me despido  
 ¡Bang, bang!, que sea tu castigo.

*Diego Barrón Morales*  
 México D.F. - México - 1987

*Estudiante y escritor.  
 Escribe poesía y crítica socio política*



## Ella y Aquella

—Terminamos.

—¿Qué...?

Un par de pitillos no me quitaban la vista de encima, mientras una abeja se divertía en un pequeño charco de refresco color negro. Primera vez, creo, que nos sentábamos de frente en cualquier centro comercial, feria o café, ni siquiera cuando nos estábamos conociendo. Esas sillas grises, dudo que fuese casual como entre una variedad multicolor llegasen a ser las únicas que aludían cromáticamente a mi ánimo, mi subconsciente siempre fue muy vivo para moverse entre mis sentimientos.

—Mira, de verdad discúlpame. Cero paja de mi parte, nada de clichés: no eres tú, soy yo, aunque sea verdad; pero debemos terminar.

—¿Qué te pasa?, ¿tú eres loco? ¿De dónde coño salió eso!?

Y el duende de la verdad, maldito impío, empedernido en dejar su saliva en mi oído cuando las posibilidades de excusas o mentiras afectaban a modo de ronquera mi tono de voz.

—Ya... ya... ya no te... amo. Bueno... sí, tal vez sí... No sé, es que amo a otra.

Quizá miles de pensamientos habrán transitado por su cabeza: miles de carros, cada uno manejado por una especulación diferente, pudieron haber pasado a altas velocidades por su autopista mental, pero ninguno dio con la puerta de su boca; en vez de eso, sin quitarme la vista de encima, como una cuaima evaluando a su presa, en un tono de voz ácido, me preguntó: “¿A quién?”.

Y el hechizo de las palabras se completó. Los barrotes de mis labios se sellaron, aun cuando una frase se había propuesto la fuga. Un ladrillo se derribó en mi cabeza, una luz de fondo me invitó a recordar, y a pesar de estarla viendo sólo a Ella, mis memorias volaron con Aquella.

Empecé a dudar en medio de la celebración de uno de mis aniversarios con Ella. Mi cama hacia ese incómodo chirrido, soltamos algunos resortes en ese momento a causa del beso húmedo de nuestras cinturas. Mi mirada sobre la suya, sus aplausos vocales a mis actos bajo mis oídos. Una gota de sudor se resbalaba por mi mejilla y fue el tiempo que duró en caer hasta su quijada lo que duró el instante máximo de aquella relación.

En ese momento supe que Aquella significaba algo más. Con mi sudor, o al menos esa gota traviesa, marcada en la quijada de Ella, por dos segundos, juro, ¡les juro que vi a Aquella!

La conocí siendo muy niño, creo que casi nos criamos juntos. El destino era nuestro padre, y la necesidad de una futura boda, nuestra madre.

Luego de dormir nueve meses bajo el agua, fue casi unísono con la aparición de mi razón el deseo materno de convertirla en mi amiga, luego en mi novia y a posteriori en mi esposa. Estamos en el siglo XXI, maldigo las bodas arregladas.

Aquella siempre tuvo todo cuanto pedí. Actuaba bajo una norma de ética dictada por los jueces de la moral. Su cuerpo poseía una voluptuosidad sólo vista por la curiosidad de mi mirada adolescente en alguna película porno; eso sí, su eterna fidelidad para mi persona era tan profunda, que aún durante mis recorridos por los labios de otras mujeres, creo, me seguía esperando con la parsimonia del amor.

Vamos, si la finura femenina tiene estereotipos en su psique, les pido, ¡por favor!, úsenlo para pintar a Aquella, y quítenme de encima líneas de fáticos dibujos que sólo me traen a la mente el suplicio de algo que nunca ha podido ser.

Dieciocho velas tenía la torta, otra vez mi padre había olvidado unas cuantas. Un fin de semana después, en Los Dos Caminos, en la feria de comida del Centro Comercial Millenium Mall, Ella comía galletas acompañada por la soledad, y las migajas que caían en el piso me trazaron el camino hacia su destino. Ochenta mil quinientas ochenta y cuatro palabras después, una hora cuarenta y cinco minutos luego, más cinco mil novecientas treinta y siete oraciones salidas de sus brillantes labios, mi teléfono, triunfador, conseguía guardar su número y MSN.

Lo más ahogante del asunto es que aún la amo, sé que la amo. Su mano no me soltó ni un instante en el funeral de mi padre. Su hombro tiene más marcas de llanto que su rostro gotas de plácido sudor, y mi pecho aún tiene marcada la silueta de su perfil, mientras esos fuegos artificiales explotan sin previo aviso en mi barriga cuando su recuerdo desembarca en mi mente. Pero me veo en el espejo, me veía en el espejo, y parecía escuchar la voz de mi ego, abrazado por mi madre, diciéndome: “¿Y si te consigues algo mejor?”.

¿Qué importaban ahora tres años de diplomacia con el amor? Sí, me hervía un poco la frente al escuchar esas voces adulteradas buscando el edén sólo diez centímetros más arriba de la falda de mi novia. Obvio, fruncía mi seño, y le hacía esquiva mi mano, cuando daba inicio a su eterna ladilla sobre el barroquismo y el realismo de nuestra relación; o ponía mi teléfono en silencio, sólo para luego no entregarle excusas que escondieran mi desgana por atender a su control. Aquella, por el contrario, siempre me comprendía y nunca me fastidiaba la existencia.

Pero no se engañen, mi relación con Ella era sonriente. Las dictaduras, tema de guerras, eran absurdos de los relatos de otras parejas amigas que nunca entendíamos. Con el honor de la verdad como único terapeuta, y la especulación bien guardada bajo llave desde aquel día en el cual su número pasó a formar parte de mis contactos telefónicos, éramos motivo de mofa entre mis amigos al encarnar a “La pareja perfecta de las películas”.

La relación me causaba placer: desde el pedido de mi emoción, hasta los a gusto poros de mi cuerpo. Ella revelaba algo similar, pero el fantasma de Aquella, el espectro de lo perfecto, me tentaba al oído algo mejor. Realmente fue una alucinación, una paulatina mutación en realidad. El símil entre Ella y Aquella acabó con mi relación.

...

14/5/2009 8:00 am: amanecí cubierto de mierda. Mi blanca bañera era ahora marrón oscuro difuminado en el desnudo de mi cuerpo. Hojas grises de paja sostenían la bañera. Tenía frío y náuseas. No razonaba, todos mis pensamientos cubrían y sostenían mi cuerpo ya rendido a morir ahogado por tonterías; un intruso rayo de luz incendió la paja, y así ardía todo mi cuerpo en mierda, paja, locura y alucinación.

14/5/2009 10:00am: desprecio a ese hombrecito en mi cabeza; maldito duende formado con la ideología impuesta desde el útero. Me veo en el espejo, dudo de que funcione bien, no me reconozco del todo. La llamo a Ella, mi voz duda de provenir del lugar habitual.

15/5/2009 12:00m: un almuerzo en uno de nuestros locales favoritos espera la llegada sonriente del amor, el mismo será opacado por mi locura.

15/5/2009: 12:45pm: Ella aún no llega, ya estoy acostumbrado a esperar. Aquella sigue sumando puntos.

15/5/2009 1:00pm: un beso, ignorante de lo que le espera, busca mi boca. La barrera impuesta por mis dedos siembra una linda mueca de pasmo.

15/5/2009 1:05pm: la posición de las sillas me delata; por primera vez de frente, no de lado.

15/5/2009 1:15pm: ya leyeron el inicio de mi historia.

15/5/2009 1:30pm: los minutos más largos de silencio en mi vida. Mi mejilla se torna color roja con cinco marcas simétricas y finas. La abeja ha dejado de lado su río dulce, ahora nada en un mar salado. Una silla vacía. Converso con el olor a su perfume, aún lo amo, me encanta olerlo, disfrutarlo, saborearlo; no soy adicto a él, pero se siente bien al empezar a mutar en la droga que evoca los recuerdos de nuestra relación.

15/5/2009 1:35pm: Aquella ganó el partido. Lástima que la materialización de ideas y deseos no sea un poder conferido a los seres humanos. Ahora estoy acompañado por la soledad.

15/5/2009 1:40pm: un carro se estaciona a dos metros del local. Reconozco el sonido del motor, es mi ahora ex cuñado reventando el apartado de sonido de su Corsa con su canción favorita. Encuentro en la distancia el sonido vocal de mi pana Ricardo, le está pidiendo ayuda a un tal Sigmund Freud.

*Lizandro Samuel*

*Caracas - Venezuela - 1993*

*Escritor con predilección por la narrativa.*

*Finalista del premio “Biblioteca FIMBA” 2013.*



# Insomnio

**O**tra vez el insomnio, se agarra a ti y no es fácil soltarse,  
empiezas a soñar despierto y a cambiar la noche por el día y el día por la noche,  
no existen horas establecidas, no hay prisas, el tiempo no se detiene  
sino que es un camino paralelo lleno de nubes, niebla y a la vez claridad,  
el recuerdo de un día que no tuvo interrupción,  
la melancolía de sentir la vida más real y por lo tanto más cruda,  
pero en este momento no te afecta.

Ideas que flotan y bailan en un estado de conciencia sosegado,  
eres el espectador que pronto se convertirá en protagonista y trazas estrategias,  
planes magníficos, nada es imposible,  
el sol de la mañana resulta tan frío y a la vez tan comprensivo con tus pensamientos,  
eres parte de él y él es parte de ti,  
puedes ver la ciudad desde el cielo y entrar con tus rayos en cada despertar,  
en cada final de un sueño, en cada bostezo, ahuyentando pesadillas,  
alegrando la mañana deseada o marcando el suplicio del nuevo día,  
sin juzgar nada, solo ser el decorado.

Hoy parece que será un principio, que todo está de otro color,  
hoy no es como ayer aunque sea la misma película sin anuncios,  
hoy sigues siendo tú, el que anoche se acostó cansado y con ganas de desconectar,  
el mismo que tenía las ideas claras con la cabeza en la almohada  
que sin descanso intentaba centrarse y vaticinaba un cambio.

Las venas empujan tu piel, los ojos reflejan cansancio y tus párpados son guillotinas  
cortando imágenes preciosas, parajes nuevos en el mismo escenario de siempre .

Inventarios mentales, balance de toda una vida, sabes lo que sobra y lo que falta,  
entiendes el problema, pero no es prioridad decidir, solo observas, no esperas nada,  
todo importa pero a la vez todo es banal, no te preocupa avanzar,  
quieres descubrir pero no quieres cambiar nada. Te sientes un todo,  
estás entre ellos, estás bien, muy bien, la calma es el principio y el fin,  
puedes sentir los latidos de todos, sus miedos, sus emociones, estas ahí,  
simplemente observas.

La amenaza de dormir y despertar,  
cambiar para volver a cambiar y volver otra vez a empezar, ahora mismo da igual,  
no es necesario explicar nada, no es bonito no disfrutar del momento,  
no hay remordimientos cuando solo te proyectas.

*Sergio Salas*  
Valencia - España - 1977  
Músico, compositor y poeta.



# Acuérdate

**A**cuérdate de Urbano Gómez, hijo de don Urbano, nieto de Dimas, aquél que dirigía las pastorelas y que murió recitando el "rezonga ángel maldito" cuando la época de la gripe. De esto hace ya años, quizá quince. Pero te debes acordar de él. Acuérdate que le decíamos "el Abuelo" por aquello de que su otro hijo, Fidencio Gómez, tenía dos hijas muy juguetonas: una prieta y chaparrita, que por mal nombre le decían *la Arremangada*, y la otra que era rete alta y que tenía los ojos zarcos y que hasta se decía que ni era suya y que por más señas estaba enferma del hipo. Acuérdate del relajo que armaba cuando estábamos en misa y que a la mera hora de la Elevación soltaba un ataque de hipo, que parecía como si estuviera riendo y llorando a la vez, hasta que la sacaban fuera y le daban tantita agua con azúcar y entonces se calmaba. Esa acabó casándose con Lucio Chico, dueño de la mezcalera que antes fue de Librado, río arriba, por donde está el molino de linaza de los Teódulos.

Acuérdate que a su madre le decían *la Berenjena* porque siempre andaba metida en líos y de cada lío salía con un muchacho. Se dice que tuvo su dinerito, pero se lo acabó en los entierros, pues todos los hijos se le morían recién nacidos y siempre les mandaba cantar alabanzas, llevándolos al panteón entre música y coros de monaguillos que cantaban "hosannas" y "glorias" y la canción esa de "ahí te mando, Señor, otro angelito". De eso se quedó pobre, porque le resultaba caro cada funeral, por eso de las canelas que les daba a los invitados del velorio. Sólo le vivieron dos, el Urbano y la Natalia, que ya nacieron pobres y a los que ella no vio crecer, porque se murió en el último parto que tuvo, ya de grande, pegada a los cincuenta años.

La debes haber conocido, pues era muy discutidora y cada rato andaba en pleito con las vendedoras en la plaza del mercado porque le querían dar muy caros los jitomates, pegaba gritos y decía que la estaban robando. Después, ya pobre, se le veía rondando entre la basura, juntando rabos de cebolla, ejotes ya sancochados y alguno que otro cañuto de caña "para que se les endulzara la boca a sus hijos". Tenía dos, como ya te digo, que fueron los únicos que se le lograron. Después no se supo ya de ella.

Ese Urbano Gómez era más o menos de nuestra edad, apenas unos meses más grande, muy bueno para jugar a la rayuela y para las trácalas. Acuérdate que nos vendía clavellinas y nosotros se las comprábamos, cuando lo más fácil era ir a cortarlas al cerro. Nos vendía mangos verdes que se robaba del mango que estaba en el patio de la escuela y naranjas con chile que compraba en la portería a dos centavos y que luego nos las revendía a cinco. Rifaba cuanto porquería y media traía en el bolso: canicas ágata, trompos y zumbadores y hasta mayates verdes, de esos a los que se les amarra un hilo en una pata para que no vuelen muy lejos. Nos traficaba a todos, acuérdate.

Era cuñado de Nachito Rivero, aquel que se volvió tonto a los pocos días de casado y que Inés, su mujer, para mantenerse tuvo que poner un puesto de tepeche en la garita del camino real, mientras Nachito se vivía tocando canciones todas refinadas en una mandolina que le prestaban en la peluquería de don Refugio.

Y nosotros íbamos con Urbano a ver a su hermana, a bebernos el tepeche que siempre le quedábamos a deber y que nunca le pagábamos, porque nunca teníamos dinero. Después hasta se quedó sin amigos, porque todos al verlo, le sacábamos la vuelta para que no fuera a cobrarnos.

Quizá entonces se vio malo, o quizá ya era de nacimiento.

Lo expulsaron de la escuela antes del quinto año, porque lo encontraron con su prima la Arremangada jugando a marido y mujer detrás de los lavaderos, metidos en un aljibe seco. Lo sacaron de las orejas por la puerta grande entre el risón de todos, pasándolo por una fila de muchachos y muchachas para avergonzarlo. Y él pasó por allí, con la cara levantada, amenazándolos a todos con la mano y como diciendo: "Ya me las pagarán caro".

Y después a ella, que salió haciendo pucheros y con la mirada raspando los ladrillos, hasta que ya en la puerta soltó el llanto; un chillido que se estuvo oyendo toda la tarde como si fuera un aullido de coyote.

Sólo que te falle mucho la memoria, no te has de acordar de eso.

Dicen que su tío Fidencio, el del molino, le arrimó una paliza que por poco y lo deja parálisis, y que él, de coraje, se fue del pueblo.

Lo cierto es que no lo volvimos a ver sino cuando apareció de vuelta aquí convertido en policía. Siempre estaba en la plaza de armas, sentado en la banca con la carabina entre las piernas y mirando con mucho odio a todos. No hablaba con nadie. No saludaba a nadie. Y si uno lo miraba, él se hacía el desentendido como si no conociera a la gente.

Fue entonces cuando mató a su cuñado, el de la mandolina. Al Nachito se le ocurrió ir a darle una serenata, ya de noche, poquito después de las ocho y cuando las campanas todavía estaban tocando el toque de Ánimas. Entonces se oyeron los gritos y la gente que estaba en la Iglesia rezando el rosario salió a la carrera y allí los vieron: al Nachito defendiéndose patas arriba con la mandolina y al Urbano mandándole un culatazo tras otro con el máuser, sin oír lo que le gritaba la gente, rabioso, como perro del mal. Hasta que un fulano que no era ni de por aquí se desprendió de la muchedumbre y fue y le quitó la carabina y le dio con ella en la espalda, doblándolo sobre la banca del jardín donde se estuvo tendido.

Allí lo dejaron pasar la noche. Cuando amaneció se fue. Dicen que antes estuvo en el curato y que hasta le pidió la bendición al padre cura, pero que él no se la dio.

Lo detuvieron en el camino. Iba cojeando, y mientras se sentó a descansar llegaron a él. No se opuso. Dicen que él mismo se amarró la soga en el pescuezo y que hasta escogió el árbol que más le gustaba para que lo ahorcaran.

Tú te debes acordar de él, pues fuimos compañeros de escuela y lo conociste como yo.

*Juan Rulfo*  
Sayula - México - 1917  
D.F. - México - 1986

*Relato de 1953 incluido  
el "El llano en llamas"*





# Tratando de entender el posmodernismo

Si se quiere entender cómo el posmodernismo ha calado en la literatura latinoamericana contemporánea, primero habría que comprender el concepto general de este movimiento. Existen diferentes críticos que han teorizado al respecto y que han aportado, intencionalmente o no, diversos conceptos e ideas que forman una totalidad a la que se le llama posmodernismo. Por ello no es fácil definir esta tendencia en un párrafo de tres o cuatro líneas que pueda abarcar todas las diferentes perspectivas que se manejan. Lo que sí hay que tener en cuenta es que el posmodernismo no es nada más una corriente filosófica que posiblemente surgió de la manipulación y represión de la sociedad durante los años 60 sino que es una concepción –o una fusión de conceptos– que se ha aplicado o puede verse reflejada en las artes gráficas, arquitectura, danza, música, literatura, noticias, publicidad, etc. Es por ello que nos encontramos con un frijol gigante en el Millennium Park de Chicago, los programas de MTV, una novela de Umberto Eco o Mayra Montero y las películas “Pulp Fiction” y “Amores perros”.

Como generalmente pasa con el surgimiento de movimientos o corrientes filosóficas, el posmodernismo ha originado una ruptura con los paradigmas que se habían formado a raíz del modernismo y la revolución industrial y ha aceptado lo innovador que pueda encontrarse fuera de los estándares tradicionales. Por esta razón es que el concepto de posmodernidad es primordialmente antielitista, permitiendo que se mezcle la alta y baja cultura y dándole entrada a lo chocante, lo cual se refleja en programas como “Laura en América” y “Jerry Springer”. De este modo también se le da voz a los que nunca la han tenido y se produce un discurso juguetón que en muchos casos puede llegar a ser paródico. En el caso de la literatura latinoamericana encontramos por ejemplo a *La guaracha del Macho Camacho* (1976) de Luis Rafael Sánchez, donde la aristocracia se mezcla con el vulgo como en los personajes de Graciela y la mujer y lo chocante se manifiesta por ejemplo en la figura del Nene, el niño que se ahoga en su propio vómito.

La reproducción masiva de los objetos de consumo se manifiesta en un mundo posmoderno; así mientras mayor sea la reproducción de una obra de arte, mayor será el precio del original. Por supuesto, el consumo masivo está totalmente enlazado con la comercialización de productos, la cual a su vez se ha insertado directamente en las artes. De allí que podamos observar los cuadros de la Sopa Campbell y Marilyn Monroe de mil colores. Por otro lado y diferenciándose de los modernistas y su orden, el posmodernismo acepta la anarquía y el desorden. En la literatura esto se refleja en la intertextualidad pues observamos frases célebres dichas por personajes de una novela, textos dentro de otros textos, canciones, personajes de obras de teatro, películas, etc. Roberto G. Fernández, escritor cubanoamericano, presenta la novela *Raining Backwards* (1988) en donde se satiriza la realidad de la comunidad cubana en Miami y en donde se nota alusiones a Sor Juana Inés de la Cruz, Celia Cruz, el show de Cristina, etc.

Se podría seguir identificando cuáles son los rasgos del mundo posmodernista y cómo se manifiestan en la literatura, y sin embargo todavía no se podría definir lo que es el posmodernismo concretamente. Veamos en qué nos pueden orientar los teóricos. Jean Baudrillard, muy conocido por su discusión del simulacro, arguye que todo lo que existe es una representación de la realidad. Nada es verdaderamente real, ha desaparecido el significado de los acontecimientos y de la historia. Baudrillard afirma que en las sociedades posmodernas se ha eliminado el contexto que rodea a los hechos y que al ser todo el resultado de una representación entonces nos encontramos viviendo una hiperrealidad, es decir, una realidad más que real, en donde lo original ha sido remplazado por la copia. Para ello el poder de los medios se ha manifestado directamente bombardeando al público con representaciones de la realidad a través de imágenes y sonidos que al final producen el deseo de consumir. Baudrillard critica la cultura de consumo y la tilda de ser una cultura de imágenes.

Las ideas de Baudrillard están muy relacionadas con las de Jean-François Lyotard. Según este teórico, en el mundo posmoderno existen metanarrativas que no son más que las historias que una

cultura dice de sí misma acerca de sus creencias y costumbres. Estas metanarrativas constituyen una máscara que cubre las inestabilidades intrínsecas a cualquier tipo de organización social. Los medios en este caso, como lo discute Baudrillard, hacen que las metanarrativas sean posibles y es así como nos encontramos con diferentes tipos de cobertura de un mismo acontecimiento en países diferentes. Por ejemplo, los pormenores de la guerra en el Medio Oriente no se transmiten de igual forma en EE.UU. que en Suramérica o en los países árabes. ¿Cuál es la realidad entonces? No hay certeza. En la literatura posmoderna se observa la acción de los medios masivos al sustentar las metanarrativas y por ende apoyar el basamento de la hiperrealidad como en el caso de la novela *Goma de mascar* (2008) del uruguayo Rafael Courtoisie. Allí se critica la imagen que proyecta Estados Unidos de salvador de los países del Medio Oriente en medio de enfrentamientos bélicos. El autor hace esta crítica explotando la sátira y haciendo una mímica de la acción de la televisión como instrumento para construir la hiperrealidad que vive el público que percibe las metanarrativas.

Por otra parte encontramos a Jacques Derrida, pensador conocido como el padre de la deconstrucción. Esta filosofía se conecta con el posmodernismo en el sentido de que examina lo que un texto reprime, lo que no dice y sus incongruencias de modo que se pueda identificar la representación de la realidad a la que todos estamos expuestos. En relación a la función del texto y los signos y a lo que expresan o dejan de comunicar, Derrida estudia la función de los llamados sistemas de pares binarios. De acuerdo a Derrida existen dicotomías en todos los aspectos de las sociedades en las que no sólo se da una oposición de ideas o imágenes sino que además se establece una jerarquía, ocupando el lugar privilegiado la primera parte del par binario. Una muestra de esto serían pares como: hombre/mujer, blanco/negro, día/noche, ciudad/campo, ciencia/naturaleza, razón/emoción. En los movimientos posmodernos, al alejarse del elitismo, el arte expone dichas jerarquías criticándolas o revirtiéndolas. En el caso de *La guaracha del Macho Camacho* toman lugar sistemas como: alta cultura/baja cultura, Jackie O./Iris Chacón, el Senador/el viejo, Benny/el Nene, entre otros.

Finalmente ahora nos encontramos con Michel Foucault. Este teórico, aunque no se consideraba posmodernista, ha sido adoptado como uno de los grandes pensadores por sus estudios acerca del poder y la función de los medios. Según Foucault la historia no es una cronología de hechos sino un set de capas de conocimientos censurados y reprimidos. Dicho conocimiento no puede separarse del poder porque personifica los valores de aquellas figuras que se encuentran en el poder y que tienen la capacidad de crearlo y diseminarlo. Dicho de otra forma, lo que pasa no es realmente lo que pasa, sino lo que creemos que pasa, o mejor dicho, lo que nos hacen creer que pasa. Nuestro conocimiento es producto de lo que los poderosos quieren que sepamos. Nuestro conocimiento es totalmente fabricado. Así, el poder se encuentra en todas partes, en todo tipo de institución y a todo nivel. De igual modo, Foucault advierte que la verdad es relativa y que se da a través de los enunciados o aseveraciones garantizadas por las prácticas sociales que corroboran el conocimiento.

La base de todas las ideas que rodean la noción del posmodernismo es que en las sociedades de hoy en día la realidad se ve trastocada de una u otra manera por el poder y por la cultura de consumo. Además no debe dejar de notarse que el posmodernismo está presente en todo tipo de esfera y se manifiesta a través de todo tipo de arte, no solamente las gráficas o plásticas. Por ello en la literatura encontramos obras como *La guaracha del Macho Camacho*, *Raining Backwards* y *Goma de mascar* en las que se elimina la frontera del discurso al incorporar citas de otros autores, novelas, canciones o películas, fragmentos o parodias de programas de televisión, listas de compras, y en las que se lleva a cabo una fragmentación de la visión de los acontecimientos. Al mezclar estos aspectos los autores reflejan lo que es una sociedad posmoderna o cómo se vive dentro ella, en donde todo tiene cabida.

*Naida Saavedra*  
Maracaibo - Venezuela

Reside en Tallahassee (FL)  
PhD en Literatura de la F.S.U.  
(Universidad Estatal de Florida)  
Docente universitaria, investigadora y escritora ganadora del premio "Victoria Urbano de Nattariva" 2010.

